

I. ARTICULOS

ILYA VILLAR (1942). Socióloga. Jefa del área del Caribe en el CEA.

HAROLDO DILLA (1952). Graduado de Profesorado de Historia. Investigador del CEA.

ISABEL JARAMILLO (1944). Lic. en Ciencias Sociales. Colaboradora del CEA.

El proceso político en Jamaica

Logros y limitaciones del proyecto del PNP para producir cambios en la sociedad jamaicana, dada la situación confrontada por el último gobierno de Manley

La selección de Jamaica como objeto del presente estudio en el período 1972-1980 respondió a los siguientes criterios: a) por su peso demográfico, económico e influencia político-social, Jamaica ha desempeñado históricamente un relevante papel dentro del Caribe anglófono; b) durante los últimos años este país ha venido presentando procesos económicos y alternativas políticas de creciente interés dentro del contexto caribeño e incluso para el continente en su totalidad; c) a partir de 1972, con el acceso al poder del Partido Nacional del Pueblo (PNP), dentro de este partido y en determinados sectores y clases sociales se inicia un proceso de radicalización política que prioriza al país en la mira de la estrategia de dominación imperialista norteamericana.

De ahí que para el CEA haya resultado un imperativo la indagación sistemática y aún inconclusa de los factores que han modificado y que todavía actúan sobre el sistema de dominación en ese país, y que también nos hayamos planteado develar cómo operan los mismos, cuáles provienen del exterior y cómo se articulan con las especificidades económicas, sociales y políticas.

Después de ubicar los antecedentes fundamentales de índole estructural, en este trabajo se intenta definir algunas tendencias predominantes en el sistema de dominación económico-política, particularmente en el momento en que se producen importantes cambios en el comportamiento de algunas clases y sectores sociales, instituciones del aparato estatal y las fuerzas armadas, así como dentro de los dos partidos políticos tradicionales: el Partido Nacional del Pueblo y el Partido Laborista de Jamaica.

En este cuadro hemos asignado determinante peso al papel de la dominación imperialista estadounidense en la evolución social, económica y política de la sociedad jamaicana, aunque existan mecanismos de vital proyección —el papel de las transnacionales, las políticas comerciales y de financiamiento e inversión externos— que no han sido exhaustivamente abordados en este estudio. En este sentido el CEA está desarrollando un análisis complementario sobre la economía jamaicana de 1970 a 1980.

Reflexionar acerca de las más recientes tendencias del sistema de dominación en Jamaica no ha resultado una empresa fácil, a pesar de la abundante y valiosa literatura existente en nuestro país sobre diversas temáticas jamaicanas.

El obligado punto de partida ha sido la retrospección hacia aspectos concretos del impacto de la política colonial británica en Jamaica, básicamente a fines del siglo pasado y sobre todo en dos momentos claves del actual, para entender ciertas determinaciones socioeconómicas, culturales y políticas del presente. Estos momentos son: a) 1938-1944, el período de instauración del sistema autonómico; y b) 1944-1962, la negociación de la independencia.

A partir de un núcleo económico central (la plantación) se derivan las principales relaciones de dominación entre grandes plantadores, burguesía agroexportadora, grandes comerciantes y los sectores y clases desposeídos de medios de producción y de recursos propios para subsistir. Si a esto se añade el condicionamiento externo del funcionamiento mismo de la plantación en virtud de la política de dependencia colonial instaurada y la forma de inserción de la economía jamaicana en el mercado mundial capitalista, no resulta difícil derivar de este fenómeno —por lo demás bastante bien estudiado por especialistas de relieve en el área—, las vicisitudes históricas del decursar del proceso político jamaicano.

Mediante un coherente sistema de mecanismos que controlaban las actividades más elementales de la política local, Gran Bretaña condujo la política colonial en los momentos apuntados produciendo adecuaciones reformistas a esta misma política, según la presión de determinados sectores nativos de la sociedad en cuestión y neutralizando la lucha de clases y la formación de un proletariado —e incluso de una burguesía— con el grado de desarrollo político que les permitiera convertirse en sujetos más activos en el proceso de independencia que se desarrolló en la década de los 60 en los países del Caribe anglófono. Ello explica que una vez transcurridas las primeras décadas del actual siglo —y a pesar de la pérdida gradual de hegemonía británica, sobre todo en el plano económico— gran parte de los patrones ideológicos, políticos y culturales inducidos prevalezcan prácticamente intactos en la estructura social jamaicana.

Sin estas premisas no se lograría entender el comportamiento político de las clases sociales del país y la incapacidad del naciente Estado, constituido con todos los atributos formales de la “soberanía recién adquirida” y con un profundo arraigo en las más rígidas estructuras y formas de funcionamiento del sistema de dominación colonial. Ambos elementos, muy vinculados entre sí, resultan determinantes para reflexionar sobre la especificidad que ha mostrado en algunos países caribeños anglófonos —Jamaica, Trinidad-Tobago, Barbados, entre otros— la consolidación y la afirmación de las bases de la nacionalidad.

En estos países el tránsito del orden colonial al neocolonial, las peculiaridades de la negociación de la independencia y el impacto producido por el sistema político preexistente en la estructura social jamaicana, determinaron que se arribara a la independencia sin una clara noción de la cuestión nacional, aunque en su seno se hayan desarrollado importantes movimientos sociales y espontáneas protestas que de

alguna manera expresaban las contradicciones existentes. Estas se agudizan con el llamado proceso de modernización, que permite la reinserción de Jamaica en la división internacional imperialista del trabajo y que hace más complejo el cuadro de diferenciación y explotación social.

En este marco de contradicciones y compromisos con el viejo orden social en retirada y el intento por satisfacer las nuevas necesidades del imperialismo norteamericano en el área, el recién constituido Estado jamaicano comienza a confrontar el dilema de intentar convertirse en el motor, de los procesos socioeconómicos en desarrollo y de encontrar fórmulas políticas que mantuvieran el aparente equilibrio del orden social existente. De ahí que la estructura y funcionamiento de las instituciones jurídico-políticas postindependentistas se inspiren en el modelo metropolitano británico y que se mantenga la misma administración civil, cuerpo judicial y sistema de valores tradicionales; de ahí también que el Primer Ministro posea amplios poderes autoritarios y que su gobierno se integre a la Mancomunidad Británica de Naciones con un gobernador que representa a la Reina de Inglaterra. Dos partidos dominantes, los mismos JLP y PNP, constituirán las principales palancas de poder, ahora con cierta tendencia a incluir a algunos sectores negros históricamente excluidos del poder mediante la participación más “democrática” en los procesos electorales y, a la vez, acrecentando el control sobre el movimiento obrero y los sindicatos.

Para demostrar el grado de inestabilidad política y social crónica en Jamaica se han tenido en cuenta las principales contradicciones del período: a) las contradicciones internas de clase; b) las contradicciones raciales y c) las contradicciones Nación-imperialismo norteamericano.

Las menos desarrolladas en este trabajo son las contradicciones raciales, que resultan de notable importancia para comprender los fenómenos planteados, pero que aquí sólo se consideran en función de las necesidades específicas de estudio. Queda en pie la ulterior profundización en este sentido y la respuesta a problemas tales como la relación clase-raza, el condicionamiento económico del problema racial, la evolución del racismo en la sociedad jamaicana, las implicaciones sociales y culturales de la ideología del racismo como instrumento de dominación y la posición de los partidos políticos ante estos problemas, entre otros aspectos.

Las restantes contradicciones constituyen elementos claves para explicar la latente crisis del sistema económico y político incluso en aquellos momentos en que el bipartidismo y otros elementos formales han ofrecido una imagen aparente de estabilidad.

A partir de aquí se ha intentado explicar las principales dificultades objetivas del proyecto nacional-reformista de corte antimperialista instrumentado por Manley en su partido, en una coyuntura de agudización de la crisis económica internacional en la que, evidentemente, Jamaica constituyó uno de los países subdesarrollados más duramente golpeados.

Con independencia de los factores internos y externos que constituyen condicionantes del resultado de la experiencia en el poder del PNP entre 1972 y

1980, quedan planteadas numerosas interrogantes con respecto a la viabilidad de proyectos de este corte en escenarios de la complejidad caribeña, y en particular de la sociedad jamaicana.

EL PROCESO POLITICO (1938-1972)

La evolución de la organización política de la sociedad jamaicana a partir de la ocupación de la isla por Inglaterra en el siglo XVII ha pasado por varios momentos específicos correspondientes a las situaciones en la metrópoli y a la correlación interna de clases. Un primer período, que corre hasta 1938, puede definirse como esencialmente colonial, y en él el aparato de control y dominación pasó por varias fases, la más significativa de las cuales fue el Sistema Colonial de la Corona, implantado en 1865. Este sistema restringía al máximo las prerrogativas políticas de los órganos locales controlados por los grandes plantadores blancos, lo que denotaba la incapacidad de este sector clasista para mantener su dominación social sin el concurso directo y decisivo del poder militar metropolitano. A los efectos de este trabajo resultan de mayor interés las etapas siguientes. El segundo período se abrió con la instauración del sistema autonómico en 1944 y tuvo su antecedente inmediato en las grandes rebeliones populares de 1938, hecho que marca el inicio de la historia moderna de Jamaica. Un tercer período se habría iniciado en 1962 con la constitución del Estado nacional jamaicano dentro del Commonwealth británico.

Un punto inicial de análisis de la actual situación jamaicana puede situarse en los últimos años de la década del 30, cuando la isla entra definitivamente en el proceso de descolonización política.

La crítica situación de la economía mundial a partir de 1920 se dejó sentir con especial crudeza en Jamaica. Sobre las masas de asalariados y pequeños propietarios recayó toda la crudeza de la recesión económica, al punto que los índices del nivel de vida descendieron a los niveles nada halagüeños de diez años atrás. A ello se agregó el hecho de que la válvula de escape tradicional, la emigración, dejó de funcionar y se produjo una repatriación masiva de jamaicanos que habían abandonado la isla años atrás y que traían ahora vivencias e ideas sociales más avanzadas.

De igual forma, las capas medias y la pequeña burguesía fueron afectadas.

Se proletarizaron vastos sectores y se cerraron para ellas las escasas posibilidades de expansión económica y ascenso sociopolítico.

Totalmente incapaces de ofrecer mecanismos paliativos que salvaran al sistema, el gobierno colonial y la élite de plantadores y burócratas coloniales sólo pudieron enfrentar la explosiva situación con un incremento de los niveles represivos, justamente el expediente necesario para transportar los acontecimientos por la vía violenta, tal como sucedió con la ola huelguística que estremeció a Kingston y al resto del país en 1938.

Un año antes a estos acontecimientos, en 1937, se había formado una central sindical, The Jamaican Workers and Trademen Union (JWTU), encabezada por George Buchanan. Pero aun cuando se proponía la sindicalización de todos los obreros del país, el radio de acción de la central era muy limitado. El estallido de la huelga del

grupo de asalariados que trabajaba en la construcción de un central en Frome, y su extensión a los obreros de Kingston, desbordó la capacidad de control de la JWTU, por lo que la ola huelguística se desarrolló espontáneamente. De esta forma, si bien el movimiento reivindicativo de 1938 se caracterizó por el papel protagónico del incipiente movimiento obrero, este no pudo superar el espontaneísmo ni dar coherencia ideológica y organizativa al proceso. Esta tarea quedó en manos de la pequeña burguesía y de las capas medias negras y mulatas, que pudieron insertarse en los niveles dirigentes del movimiento o iniciar, a partir de ellos, la ruptura de las estructuras coloniales que impedían su ascenso socioeconómico. Las capas medias y la pequeña burguesía al frente del movimiento nacional desempeñaron un papel progresista al adoptar posiciones avanzadas y enarbolar demandas en beneficio de las masas populares, pero a la vez, carentes de un poder económico real, incapaces de ofrecer una alternativa económica viable, no pudieron articular una crítica global al sistema y tuvieron que recurrir a la conciliación y a la inserción dentro del estado de cosas que ellos repudiaron.

Aunque no es nuestro propósito historiar detalladamente el proceso turbulento que corre entre 1938 y 1944, baste señalar que el resultado directo fue la organización de dos partidos políticos de masas, el People's National Party (PNP), dirigido por el abogado Norman Manley, y el Jamaican Labour Party (JLP), encabezado por el aventurero y exprestamista Alexander Bustamante. Las masas de asalariados y semiasalariados quedaron incluidas en dos centrales sindicales: la Trade Union Council (TUC), afiliada al PNP, y el Bustamante Industrial Trade Union (BITU), ligado al JLP. '

Existían diferencias entre ambas colectividades que iban más allá de las simples rivalidades entre los líderes. El PNP resultaba un partido más institucionalizado que el JLP. Dentro de él era visible un poderoso sector de intelectuales y profesionales para quienes la modernización de la sociedad y las estructuras políticas jamaicanas entrañaban el ascenso social y económico, lo que explica que el partido se haya pronunciado desde su fundación por la autodeterminación nacional. La presencia dentro de este partido de un ala izquierda marxista, especialmente fuerte en los sindicatos, y la necesidad de fortalecer su membresía obrera urbana, determinaron la proclamación del socialismo como meta final, e incluso en 1941 se postuló la dirección de la clase obrera dentro del proceso de liberación.¹ Pero la retórica socializante de los dirigentes del PNP, exceptuando al ala izquierda marxista, distaba mucho de ser una propuesta de transformación revolucionaria de la sociedad jamaicana. El socialismo era, desde esta óptica, un método para “elevar el nivel de vida y seguridad de las masas populares”.² Se trataba de reformar las anquilosadas estructuras coloniales y de favorecer el crecimiento capitalista, de lo cual serían los principales beneficiados precisamente las capas medias y la pequeña burguesía nativas.

¹ Consúltase Trevor Munroe: *The Marxist Left in Jamaica*, ISER, UWI, Mona, 1977.

² PNP: *Founding of the People's National Party*, p. 15.

Hasta la década del 50 el JLP fue el ejemplo típico del subdesarrollo político de la isla. Se fundó en 1943, cuatro años más tarde que el PNP, pero se asentó sobre la vasta masa de obreros agrícolas cobijados bajo el BITU. Aun cuando algunos profesionales hicieron carrera política en este partido, su dirigencia estaba compuesta en lo fundamental por pequeños propietarios. El JLP Y su central sindical basaron sus campañas políticas en el liberalismo económico, el anticomunismo, la defensa del régimen colonial y un incoherente y ambiguo programa contra la pobreza que servía de atractiva carnada para las masas pobres rurales. Pero es indiscutible que no se puede valorar la evolución del partido sin mencionar el papel protagónico de su líder carismático, Alexander Bustamante. Apoyado en la aureola de las jornadas de 1938 y explotando el fervor mesiánico de las masas, Bustamante liquidó cualquier opción democrática dentro de la colectividad e incluso convirtió al BITU en una agencia propia de negocios, que ofrecía asesoría en las disputas laborales con los patronos a cambio del pago de cuotas.

Entre ambas opciones, el JLP resultaba más atractivo para las clases dominantes tradicionales. Para ellas el PNP —con su retórica socialista, su tendencia al nacionalismo y la presencia efectiva de grupos marxistas en sus niveles de dirección—, representaba un peligro potencial. Por eso desde 1944 algunos grandes empresarios apoyaron a Bustamante y protegieron en sus predios el funcionamiento del BITU, devenido ya por entonces un amortiguador de los conflictos sociales.

Sin embargo, todavía en 1944 los plantadores y sectores afines optaron por hacerse representar en las elecciones con un partido propio, el Jamaican Democratic Party, que sólo obtuvo el 5,1 % del total de votos emitidos y que no logró sentar un sólo candidato en la legislatura, aun cuando algunos de sus representantes obtuvieron mayor éxito como candidatos independientes.

El fracaso electoral del JDP y su desaparición posterior evidenciaron la incapacidad de este sector para estructurar una representación política propia y ganar un apoyo electoral mínimo. A partir de entonces estas fracciones clasistas optaron por hacerse representar o presionar a través de los partidos políticos de masas, principalmente del JLP, lo que contribuyó a reforzar su compromiso político con los grupos burgueses y capas medias emergentes. La implantación de la autonomía en 1944 fue el resultado de una serie de factores entre los cuales figuraron el paulatino deterioro del sistema colonial británico a nivel mundial y la creciente hegemonía norteamericana en el área. Pero es indudable que en ello tuvieron un papel decisivo las luchas populares y las presiones de las capas medias y grupos burgueses emergentes en busca de un lugar socioeconómico y político propio. Como tal, resultó el inicio del proceso de descolonización formal que culminó en 1962 con la obtención de la independencia.

Pero este proyecto de descolonización chocaba con varios obstáculos que no podían ser solucionados contando únicamente con las variables sociopolíticas internas. El primero y más importante era que ninguna de las clases sociales jamaicanas había logrado estructurar una alternativa económica, y montado sobre ella un proyecto político que ofreciera una salida satisfactoria a la bancarrota del sistema de plantaciones y asegurara la continuidad de la dominación burguesa en la isla. Los

procesos socioeconómicos dados desde fines de la Segunda Guerra Mundial —nuevo proceso inversionista a tenor con la reinserción de Jamaica en la división internacional de la economía capitalista; desplazamiento de Inglaterra por los Estados Unidos como metrópoli económica; redefinición del bloque de poder en favor de los grupos burgueses más modernos y estrechamente vinculados al capital transnacional—, fueron decisivos para el desarrollo del proyecto político de descolonización y su encauzamiento por la vía neocolonial.

Las amplias posibilidades económicas y sociales que este proceso abrió para las capas medias y los grupos burgueses emergentes y las expectativas de mejoramiento social generadas en las masas populares, explican la razón por la que a partir de 1950 se produce una convergencia de los dos partidos políticos hacia posiciones desarrollistas. Durante las elecciones de 1944 tanto el PNP como el JLP dirimieron sus disputas electorales sobre la base de las condiciones en que habían surgido.

El PNP proclamó el autogobierno y sostuvo el credo socialista en los términos ambiguos de 1938. El JLP no presentó programa alguno, pero basó su campaña en la aureola carismática de Bustamante, en un anticomunismo muy primitivo y en los ataques a supuestas tendencias promulgadas del PNP. Aún así, pudo apabullar a su contrincante con el 41 % de los votos y 23 diputados, mientras que el PNP tuvo que conformarse con el 23% de la votación y 4 diputados. Durante este primer período de gobierno el JLP anudó excelentes relaciones con las clases dominantes —tradicionales y emergentes—, a la vez que dictaba diversas medidas de beneficio popular: el salario mínimo, las vacaciones pagadas y otras medidas organizativas y de promoción económica.

Al sobrevenir la década del 50 las diferencias entre ambos partidos tendieron a estrecharse hasta quedar reducidas a algunas peculiaridades de los respectivos discursos políticos y a las querellas entre sus dirigentes. Por un lado, dentro del PNP se desarrolló una impetuosa ofensiva contra la influyente ala izquierda marxista, la que comenzó a perder terreno desde 1944 hasta su total debacle en 1952. Los sectores centristas y derechistas lograron copar los principales puestos directivos no sólo en el partido, sino también en la central sindical. Ya en las elecciones de 1949 el slogan socialista había perdido prioridad en beneficio del reclame del autogobierno y de un “Plan para la Prosperidad Nacional”, de una política económica eficaz capaz de generar empleos y aumentar los niveles productivos de la nación. Este año fue el último —hasta 1972— en que la palabra “socialismo” aparecería como una meta programática del PNP. Esta adecuación del PNP a las nuevas condiciones le ganó carta de viabilidad por parte de las clases dominantes. Ya en 1949 la colectividad de Norman Manley obtuvo trece bancas, solamente cuatro menos que el JLP, barrió con los sectores urbanos de Kingston y St. Andrew e incluso arrebató a su contrincante áreas como Montego Bay. Como un justo reconocimiento, el vocero tradicional de la reacción, el Daily Gleaner, aclaraba en 1949 que “los propósitos políticos del PNP no son definitivamente socialistas en un sentido económico. No son de hecho más que

un plan liberal para la expansión económica.³ En pleno consenso, los legisladores populares y laboristas instrumentaron la nueva legislación inversionista que el propio Norman Manley no dudaba en calificar de “llave para la efectiva planificación y funcionamiento del sistema económico”.⁴

Este proceso coincidió con la remodelación interna del PLJ. Incapaz de responder a las nuevas situaciones con los postulados y estructuras de 1938, procedió a una readecuación interna con la inyección de “sangre nueva” en sus filas, profesionales jóvenes que no encontraban cabida en las rígidas estructuras del PNP.

Entre 1949 y 1967 se celebraron en Jamaica cinco elecciones. En las de 1949 el PU mantuvo en sus manos el gobierno autonómico al obtener un 0,8% de superioridad sobre el PNP, pero en 1955 el PNP logró imponerse al sobrepasarlo por 11,4% en el número de votos depositados. A partir de 1962 y hasta 1972 el PU se mantuvo en el gobierno, siempre con un escaso margen de superioridad sobre su rival.⁵

Los principales índices electorales entre 1949 y 1962 sugieren un incremento de la participación electoral. El porcentaje de los votantes efectivos respecto al número de electores registrados aumentó del 65 al 72% entre ambos años.⁶

Como estas páginas analizan las características del proceso político jamaicano hasta 1972, es necesario poner especial cuidado en diferenciar las formas del contenido. Formalmente el proceso político insular se ha basado en el sistema británico bipartidista, mediante elecciones cada cinco años que han permitido la sucesión ininterrumpida de los partidos en el gobierno de acuerdo con la voluntad popular expresada en las urnas. Explicado el proceso de esta manera, se ofrece la visión de un proceso democrático y autosostenido y de una sociedad basada en el consenso político de la población. Pero esto sólo es válido en un sentido muy relativo. Un sistema político democrático amplio —aun limitado al juego democrático de la burguesía— que se sustenta en el consentimiento activo de la población, iba mucho más allá de las posibilidades históricas de la burguesía jamaicana. Una sociedad plagada de injusticias, y de impresionantes desigualdades sociales, con un modelo de acumulación que lleva implícita una alta concentración de los ingresos, una amplia brecha cultural y racial entre dominantes y dominados y otros males sociales, resulta históricamente incompatible con un sistema político sostenido en el consenso de las masas populares y en la hegemonía de dirección de las clases dominantes. En consecuencia resulta necesario tomar en cuenta los límites del consenso en la isla, sus niveles, así como las variables que determinan su funcionamiento.

El proceso político jamaicano se expresa siempre a través de una bien definida compartimentación de las funciones políticas de las clases o sectores sociales. Este factor ha estado presente a lo largo de la historia jamaicana, sobre todo a través del papel desempeñado por cada sector dentro del Estado. Dado el control de la

³ Citado por Trevor Munroe en *The Politics Of Constitutional Decolonization*. ISER, UWI. Jamaica. 1972.

⁴ George Eaton: *Alexander Bustamante's and Modern Jamaica*. Kingston Publishers limited, Kingston, 1975, p. 56,

⁵ Cfr. Carl Stone: *Electoral Behaviour and Public Opinion In Jamaica*. ISER, UWI, 1974.

⁶ Cfr. *Election 1980*. October 17, 1980.

economía nacional, dentro de la distribución de funciones la gran burguesía y otros sectores burgueses de nivel medio ocupan una posición dominante indiscutible mediante una presencia discreta pero determinante en la vida partidaria y en algunas organizaciones claves del Estado, así como en otros mecanismos del sistema de dominación —organizaciones sociales, medios masivos de comunicación, etc. A simple vista resulta más relevante la función de las capas medias, sobre todo de sus estratos profesionales e intelectuales, a quienes toca actuar como ejecutores directos en el Estado, los partidos y los sindicatos: repartir la ideología dominante a través de medios de difusión masiva; ofrecer la imagen de la prosperidad, el orden y la realización nacional; actuar, en resumen, como polea de transmisión del sistema de dominación. Sin embargo, si limitáramos la participación política de la isla sólo a estos dos grupos no podríamos explicar muchas facetas del proceso político insular, particularmente aquella que sustenta el supuesto de una sociedad democrática y estrictamente regulada por mecanismos consensuales. Una de estas facetas es precisamente la de la participación electoral, la que ha oscilado entre un 65 y un 82% entre 1949 y 1967, aunque este cálculo no toma en cuenta la cantidad de personas que no se registra en los colegios electorales. Si esto se considerara disminuirían los parámetros a porcentajes oscilantes entre un 56 y un 72%.⁷ No obstante, en cualquier caso la participación electoral de la población jamaicana puede considerarse alta en comparación con las registradas en otros países del continente y del área. Salvo un sector disidente que no vota o que simplemente no se registra electoralmente, estas cifras sugieren que el consenso político abarca también a las masas trabajadoras, que legitimarían con su voto al estado de cosas predominante en la isla. Esta propuesta es sólo válida en el marco de las apariencias.

La base institucional del consenso limitado es el propio sistema bipartidista y, a partir de él, el control vertical de los principales mecanismos del sistema de dominación. Es precisamente en este marco que cobra su verdadera dimensión la importancia que tuvo la homogeneización político ideológica de los partidos a partir de 1949 y con ello el constreñimiento de las opciones programáticas. Este factor debe tomarse en cuenta porque explica e implica las vicisitudes históricas de la izquierda jamaicana, a la vez que preserva dentro de un círculo vicioso el regateo político local. Esta obstrucción es directa. Recuérdesse la ofensiva desatada contra el ala marxista expulsada del PNP en 1952, el destierro forzoso del prestigioso intelectual y líder político Walter Rodney en 1968 y, más recientemente, el bloqueo constante y las limitaciones de todo género al nuevo movimiento comunista que liderea por Trevor Munroe. El sistema se defiende directamente bloqueando la tercera opción, sobre todo si esta supone un reto revolucionario a su existencia. En ello reside uno de sus rasgos más autoritaristas.

Pero el autoritarismo en el sistema político jamaicano va ligado a otra variable: la alineación política de las masas. La simbiosis de estos dos factores constituye la clase para comprender el verdadero contenido del proceso político en la isla. A pesar de

⁷ *Ibíd.*

contar con episodios heroicos que reflejan la lucha de los sectores explotados y progresistas de la sociedad, el desarrollo histórico jamaicano se caracterizó por su bajo nivel de desarrollo político. No hubo aquí, como en otras islas vecinas, un movimiento democrático revolucionario y antimperialista precursor que forjara entre las masas una conciencia política nacional poderosa y que sembrara las simientes para el desarrollo de una clara ideología revolucionaria entre los trabajadores. Por otro lado, en general los países anglófonos del Caribe quedaron marginados del vigoroso movimiento comunista que tuvo su centro en la III Internacional y que tan importante desempeño tuvo en la organización inicial del movimiento comunista continental. Esta situación, que explica también la tardía y difícil aparición de una izquierda marxista en la isla, fue el medio natural sobre el que pudo prosperar el “sistema británico” en un ámbito que mantenía inmovibles sus patrones coloniales. Pero a la vez el bipartidismo monocolor y autoritario no sólo entraña sino que genera la alineación política de las masas, arrastradas tras el carro de la política burguesa, del sindicalismo economista y mediatizado, de los medios de difusión masiva estrictamente ajustados y controlados por las clases dominantes, de la demagogia y el anticomunismo, de la agitación constante de fetiches al estilo de la exaltación racial.

Contribuye así a permear a las masas de la ideología burguesa y a impedir la maduración de una conciencia de clase entre los trabajadores. En su lugar se ha forjado en ellos lo que Watson ha denominado una “conciencia existencial”⁸ que los inserta en las típicas relaciones de clientelismo, buscando en las burocracias gubernamentales, partidistas y sindicales la solución de los problemas inmediatos.

Autoritarismo y alienación son, por tanto, partes inseparables del contenido del proceso político jamaicano, engarzados estructuralmente al funcionamiento de un sistema de apariencias democráticas.

EL PROYECTO NACIONAL-REFORMISTA DEL PNP (1972-1980)

En los momentos en que se anunció la apertura del proceso electoral de 1972 la sociedad jamaicana había acumulado una explosiva cantidad de contradicciones sociales que ponían en peligro la propia estabilidad del sistema. A pesar de los cuantiosos capitales acumulados por las fracciones de la gran burguesía nativa y de la imagen de prosperidad que brindaban las capas medias propietarias y profesionales, las masas populares continuaban arrastrando una situación de depauperación e incluso sus niveles de vida se habían degradado en los últimos años. El PIB per cápita, que había crecido en un 77% entre 1950 y 1959, sólo lo hizo en un 34% en la década siguiente. Los salarios nominales habían crecido en un 31 % pero los precios al consumidor lo hicieron a un ritmo más acelerado, sobre todo si nos referimos a aquellos artículos que engrosan el consumo de los habitantes más pobres. Hacia 1970 el 74,5% de los asalariados recibía menos de 20 dólares semanales y el

⁸ Hilbourne Watson: “Populismo y movimientos populares en el Caribe angloparlante”, En El Caribe Contemporáneo, no. 2, marzo-junio de 1980, p. 79.

40% de los habitantes más pobres redujo sus ingresos de un 7,2% a un 5,4%, lo que también significó reducciones absolutas. De la misma manera creció el índice de desempleo. En 1962 se calculaba oficialmente que éste ascendía a un 13% pero en 1972 llegaba al 24%. En octubre de este mismo año se consideraban desempleados unas 118775 personas, principalmente jóvenes menores de 30 años.⁹

Esto incidió directamente en el incremento de las luchas de clases y sociales. Los paros laborales en el quinquenio 66-70 aumentaron sustancialmente respecto a los años anteriores. En 1965 se habían producido 37 paros con 25316 trabajadores involucrados. En 1970 se produjeron 187, que abarcaron a 39401 trabajadores. Estos conflictos laborales afectaban sobre todo al sector público y a los sectores más modernos de la economía. En 1969 y 1970 el 81,3 y el 82,6% de los paros laborales tuvieron lugar en los sectores públicos, manufactura, energía, transporte y construcción.

Las protestas sociales se extendieron hasta los sectores sub y desempleados. Entre 1960 y 1970 se produjo un sustancial ascenso de movimientos como los Rastafari y el poder Negro, el primero de los cuales llegó a contar con una membresía cercana a las 100 000 personas. A la proliferación de revistas y publicaciones radicales se sumaron las protestas violentas entre 1965 y 1970. En particular merecen mencionarse los motines contra los comerciantes chinos y el sonado “caso Rodney”, que “estremecieron la sociedad y revelaron la debilidad y fragilidad potencial que calzaba el aparentemente estable sistema bipartidista de la isla”.¹⁰

La respuesta gubernamental no pudo ser otra que el incremento de la represión, la cual, alcanzó niveles desconocidos hasta entonces.

Los resultados de esta situación se reflejaron en el proceso político insular, amenazado por una quiebra de legitimidad del sistema. En las elecciones de 1967 se puede percibir este fenómeno. En este año el número de electores registrados fue de sólo 543000 personas, muy por debajo de los 786000 registrados en 1962. Se calcula que la cifra dada para 1967 representó el 56% del total de electores potenciales. Aunque en ello influyó el nuevo sistema de registro electoral implantado por el gobierno, no caben dudas que el hecho también estaba indicando una pérdida de confianza del electorado. El nivel de abstención fue del 18%. La votación resultó favorable al PLJ, pero sólo por un estrecho margen.

A esta contradicción dominante deben agregarse otras dos. La primera de ellas era una crisis de representatividad creciente del Estado jamaicano. Durante la bonanza económica de los 50 y 60 los partidos políticos de la isla habían conservado muchos rasgos heredados de la época de su fundación, y que respondían a sus propias estructuras y a sus vinculaciones al movimiento sindical. Al mismo tiempo, por entonces era posible desarrollar una política coherente que respondiera a los intereses de toda la burguesía sin abandonar el discurso populista. Eran los tiempos en que la economía se expandía y los negocios prosperaban como movidos por la fuerza “mágica” de la “libre empresa”. Pero cuando se anunciaron los primeros síntomas de

⁹ Cifras extraídas del Economic and Social Survey, Jamaica, 1965-1970.

¹⁰ Carl Stone: Electoral Behaviour and Public Opinion In Jamaica. ISER, UWI, 1974, 'P. 26.

la crisis estructural del modelo y estallaron las tensiones sociales acumuladas, prácticas como el discurso populista-demagógico de los líderes partidistas íntimamente comprometidos con los sindicatos, la corrupción desmedida y los sectarismos políticos en las concesiones económicas se convirtieron en obstáculos para la propia reproducción del sistema. El gobierno del PLJ fue incapaz de responder a estos nuevos requerimientos y de producir una estrategia de adecuación más racional. A esto se debe agregar que el partido se encontraba profundamente dividido entre la vieja guardia sindicalista, encabezada por Hugh Serraré y un sector emergente que, liderado por Edward Seaga, buscaba una integración orgánica con las fracciones del gran capital. Se agregaban otros elementos más: las disputas surgidas en torno al proyecto laborista de “jamaicanizar” algunas áreas productivas y de servicios y la crisis de relaciones con la iglesia en torno a la implantación de la lotería.

Por último existía un nudo contradictorio enmarcado entre el Estado-nación y la dominación neocolonial imperialista. La independencia de Jamaica en 1962 advino bajo el signo neocolonial y ello no escapaba al sentimiento nacional, aun cuando esta percepción tuviera diferentes grados de concientización y de valoración. Para las masas populares, la pequeña burguesía y la intelectualidad progresista, este sentimiento nacional se enlazaba directamente con los anhelos de dignidad y prosperidad nacional y cobraba en algunos casos dimensión ideológica antimperialista en las avanzadas políticas representativas. Para amplios sectores de la burguesía jamaicana el nacionalismo se traducía en la posibilidad de participar más activamente en el excedente de capital transnacional, sin alterar sustancialmente el patrón de dominación neocolonial. En cualquier caso, el escenario de los 70, con el auge de los movimientos reivindicativos tercer mundistas, brindaba condiciones internacionales favorables para optar por una solución a esta contradicción, aun cuando cada clase o sector social situara dicha solución en un nivel diferente, ajustado a sus necesidades particulares.

Revitalizado bajo la dirección de Michael Manley, el PNP logró articular un amplio programa que recogía los intereses de variados sectores de la población, tales como participación democrática, justicia social, nacionalismo, oportunidades para la población joven y libertades civiles, a la vez que trataba —y lograba parcialmente— de atraerse a los protagonistas de las revueltas de 1968 mediante una hábil campaña de cooptación de sus dirigentes.

En la contienda de 1972, aunque se mantuvieron bajos los niveles de empadronamiento electoral, el conteo de los votos arrojó una aplastante victoria del PNP sobre su desprestigiado rival, con un margen superior al 12%, el mayor alcanzado por partido alguno desde las elecciones de 1944.

EL PROGRAMA NACIONAL-REFORMISTA DEL PNP Y LAS CONTRADICCIONES DE LA SOCIEDAD JAMAICANA

La victoria electoral del PNP fue el producto de la coincidencia de intereses de las masas populares, ciertos sectores de la burguesía nativa y la pequeña burguesía y capas medias progresistas. A primera vista, sin embargo, resulta paradójica la viabilidad de un esquema reformista con matices populistas en las condiciones socioeconómicas de la isla, sobre todo si tomamos en cuenta las características antes descritas de la estructura social jamaicana y la lógica del modelo económico implementado desde los 50. Para explicar esta aparente paradoja hay que establecer varios niveles de análisis. El primero de ellos es la tradicional función de las capas medias jamaicanas en el proceso político local. Su presencia directa en el control del aparato estatal, los partidos, sindicatos y otros mecanismos de la organización política de la sociedad le reportaba una peculiar capacidad de regateo y de establecer alianzas con otros sectores clasistas, aun cuando éstas disintieran momentáneamente del esquema de dominación, articulando así proyectos “por encima de todas las clases”. Es indudable que este factor debe tomarse en cuenta como premisa a la hora de explicar el proyecto nacional-reformista del PNP, y sobre todo su prolongación hasta 1980 en medio de condiciones adversas.

No obstante, lo anterior no bastaría por sí solo para explicar el fenómeno que nos ocupa. Si en 1972 se pudo dar una salida del corte populista a la crisis sociopolítica que se incubaba fue porque se contó con la aprobación y/o aceptación de los sectores hegemónicos de las clases dominantes. Y si esto fue así se debió a que el proyecto nacional-reformista —dejando a un lado el discurso radical empleado por el liderazgo político—, no contenía elementos medularmente anticapitalistas y por tanto no afectaba la esencia del sistema de dominación, aunque contradecía algunas de sus tendencias.

Concebido en un momento de crisis latente del sistema de dominación, el proyecto nacional-reformista pretendía dar un mayor grado de racionalidad a la dominación burguesa en la isla, extendiendo los mecanismos de consenso a los sectores más pobres de la sociedad. En la base de este proyecto político —y en ello residían sus matices populistas— subyacía el intento de establecer una estrategia de acumulación que se realizara esencialmente en el mercado interno a través de una demanda inducida que partía de la elevación del consumo popular. De acuerdo con el proyecto, correspondería al Estado jamaicano dirigir este proceso. En el orden económico el sector público debería convertirse en el más dinámico de la economía y debería reactivar las áreas más rezagadas del sector privado controlando aquellas poco rentables o de significado vital y dirigiendo la economía en su conjunto hacia un crecimiento más armónico y diversificado. La participación económica del Estado quedaba enmarcada en un típico capitalismo de Estado: control de los servicios públicos, comercio importador, financiamiento del sector privado, sobre todo del pequeño empresariado. A la vez, aseguraba la paz social sobre la base de la elevación de los niveles de vida de la población y su integración política al sistema.

Planteado teóricamente, este esquema no podía contradecir en lo esencial los intereses de la burguesía nativa. El propio Manley afirmaba en 1973 que “la legitimidad del beneficio en el sistema de empresas privadas” era inviolable y tan necesaria como “la respiración en un ser vivo”. “Creemos simplemente”, agregaba, “que en cuanto se satisfagan ciertas prioridades en el campo de los recursos humanos, la infraestructura y ciertas áreas estratégicas de la economía, la empresa privada es el método más adecuado para la producción de todos los demás bienes y servicios necesarios para el funcionamiento de una economía”¹¹ La redistribución del excedente por parte del Estado iría dirigida en dos sentidos.

Primeramente, financiaría al sector privado y a ciertas áreas económicas atrasadas. Este es el caso de la producción agrícola, cuya reactivación permitiría no sólo un saneamiento comercial —al disminuir las importaciones alimenticias y aumentar el fondo agrícola de exportación— sino que también abarataría el costo de la mano de obra. En un segundo sentido, el excedente iría dirigido a aliviar las contradicciones acumuladas mediante el desarrollo de programas sociales, de entrenamiento laboral, salud, educación, incremento de salarios y reducción del desempleo.

Todos estos mecanismos reformistas se concatenaban con el ingrediente nacionalista, toda vez que el excedente a distribuir debería obtenerse precisamente de mayores recaudaciones fiscales y participación estatal en el tren minero-exportador y de un orden económico internacional más justo. De aquí la unidad inseparable entre las posiciones antimperialistas del gobierno —participación en el Grupo de los 77, en el MNOA, la IBA y otros organismos tercermundistas— y el contenido reformista redistributivo que alcanzó su clímax ideológico con la adopción en 1974 del socialismo democrático. Como señala Vaughan Lewis, desde esta perspectiva se destaca el hecho de que el régimen estaba planteando ciertos objetivos internos de reorganización de la estructura económica y social del país, y para promoverlos trataba de manipular o de influir los procesos del contexto internacional en que se desarrollaba el país”.¹²

En 1972 el programa del PNP resultaba atractivo para vastos sectores burgueses. Prácticas como los planes de financiamiento a la pequeña y media empresa, la revitalización del sector agropecuario y la ampliación del mercado interno convergían con los intereses de las fracciones burguesas que realizaban su producción en el mercado local y que fueron percibidos como una opción racional para la propia reproducción del sistema. Aunque la imposición de mayores impuestos al tren minero-exportador levantaba algunas suspicacias, lo cierto es que se consideraba imprescindible para obtener un financiamiento que cada día resultaba más difícil lograr en el exterior; esto es, se evaluaba positivamente siempre que esos excedentes fueran desviados hacia el sector privado. Sobre esta base, la alianza de las capas medias nacionalistas y la burguesía local fue un hecho a la altura de 1972 y

¹¹ Michael Manley: *La política del cambio*. FCE. México, 1976. p. 76.

¹² Vaughan Lewis: “Principios y tendencias de la política exterior Jamaicana”. En *Foro Internacional*, no. 85, Julio-septiembre de 1981, p. 90.

sólo quedaron excluidos de este pacto temporal los grupos dominantes más rancios y oligarquizantes.

No obstante, debe tomarse en cuenta la fragilidad de esta alianza, toda vez que el proyecto nacional-reformista tendía a contradecir ciertos mecanismos ubicados en la propia lógica de la estrategia desarrollista y del proyecto político erigido sobre ella. Sintéticamente podríamos plantear cuatro contradicciones que se generaban al calor de este enfrentamiento.

Uno de los elementos distintivos del patrón de acumulación del modelo desarrollista en la isla había sido la superexplotación de la fuerza de trabajo, su constante ampliación a expensas del fondo salarial, justamente lo que Presbich ha denominado “un modelo concentrador”. Esto dejaba un espacio muy estrecho para la redefinición de los componentes de la renta nacional e “ilegalizaba” cualquier movimiento reivindicativo que traspasara los marcos del inocuo regateo tradeunionista. Si esta caracterización resulta válida para las décadas del boom económico, mucho más aún lo era para los 70, cuando las condiciones parecían acelerar el descenso de la tasa de ganancia de la burguesía local limitando incluso la posibilidad de multiplicación de la masa de ganancia. Para comprenderlo tómense en cuenta factores como la subida de los precios de las materias primas importadas, tecnologías, combustibles y la reducción de los ingresos del financiamiento exterior.

Imposibilitada de atenuar este efecto negativo mediante la reducción del capital constante, la burguesía local tenía un solo camino: intensificar el ritmo de trabajo y reducir el fondo salarial, precisamente lo opuesto a lo que buscaba el proyecto del PNP. Sólo en 1973, como consecuencia de los aumentos de sueldo y salarios, se produjo un incremento del 60% en los costos salariales unitarios.

Aquí residió la contradicción fundamental entre las clases dominantes y el gobierno PNP, la viabilidad de un esquema redistributivo sólo podía ser en medio de condiciones económicas favorables que ampliaran el espacio entre el salario y la plusvalía y que permitieran al Estado desarrollar exitosamente sus programas sociales.

A esta contradicción fundamental entre el capital y el trabajo —en cuyo justo centro intentaba insertarse el PNP— se sumaba otra contradicción entre el proyecto de capitalismo de Estado del PNP y la visión tradicional del empresariado nativo, que limitaba el papel del Estado en la economía.

Durante los años de auge del modelo económico esta participación se limitó a la edificación y preservación de la infraestructura, servicios sociales o empresas imprescindibles para la propia reproducción capitalista, pero que reportaban bajas tasas de ganancias. En 1953 los gastos del gobierno sólo representaban el 13,8%. Sin embargo, con el agotamiento del crecimiento económico a fines de los 60 este patrón varió notablemente y se hizo más directa la presencia del sector público en esferas de la producción y la circulación. En 1968 los gastos gubernamentales eran el 20,8% del PIB nacional. En 1976 aquél se había elevado al 47,2%. De igual manera, en este

último año el 50% de las inversiones gubernamentales se dirigían a las esferas productivas y de circulación.¹³

De la lectura de estas cifras se desprenden dos conclusiones. La primera, que la creciente participación del Estado en la economía no fue una innovación insólita del liderato del PNP, sino que venía produciéndose para satisfacer las propias necesidades del sistema. Recordemos que el primer proyecto de “jamaicanización” fue planteado en 1968 por un gobierno laborista. La segunda conclusión es que, efectivamente, el proyecto nacional-reformista constituyó una intensificación sin precedentes de este proceso, lo que junto a su carácter específico y la retórica socializante con que fue condimentado, levantó múltiples reticencias en el sector privado, sobre todo en sus estratos más poderosos. Hasta qué punto estaba arraigado el liberalismo económico en el gran empresariado nativo quedó demostrado en 1972, cuando fue realizada una encuesta en la Cámara de Comercio y los entrevistados se manifestaron mayoritariamente en contra de cualquier control estatal sobre esferas como la banca, los seguros, el comercio, las manufacturas y los medios masivos de comunicación, apoyando sólo la presencia económica del Estado en los servicios públicos, la agricultura y la minería.¹⁴

Otro nudo contradictorio importante fue el generado en torno a la impugnación de la dominación imperialista. Inicialmente la burguesía en bloque pareció aceptar las medidas nacionalistas en la minería, e incluso las compañías de la bauxita adoptaron una posición flexible. Pero esta aceptación entusiasta o resignada por parte de los distintos componentes del bloque social dominante, del capital transnacional y del gobierno norteamericano, quedó condicionada a la detención del proceso dentro de ciertos límites que reservaran amplios niveles de beneficios. La voluntad política que pretendía unificar un bloque nacional contra la dominación neocolonial imperialista, o al menos contra sus aspectos más groseros, carecía de una base real de sustentación. No se trataba sólo de enfrentar al imperialismo como factor externo, ni siquiera limitado a los enclaves mineros. La dominación imperialista se había hecho interna y a nivel local tomaba forma en el alto empresariado asociado al capital transnacional. Incluso aquellas fracciones burguesas que mantenían contradicciones con el capital transnacional dependían de él en diversas instancias vitales y eran, por tanto, susceptibles de ser arrastradas hacia sus posiciones en caso de un enfrentamiento con el gobierno y los sectores populares. Cualquier alianza de esta índole con la burguesía jamaicana no podía rebasar el marco de una redefinición de la dependencia ni prolongarse más allá de un breve plazo coyuntural.¹⁵ En las

¹³ Cfr. Peter Phillips: *Models of State Formation and Transformation In the Caribbean: Jamaica After World War II*. Jamaica. 1982.

¹⁴ Cfr. Paul Chen-Young: *Report on Private Investment in the Caribbean*. Atlas Publishing Co., Kingston, 1973.

¹⁵ La relación indisoluble entre los componentes nacionalistas y reformistas de la estrategia del PNP era la manifestación de la dinámica dialéctica de las relaciones entre las contradicciones sociales y la contradicción nacional. Pero tal y como fue formulada por el PNP, esta relación aparecía invertida. En efecto, la estrategia nacional-reformista pretendía en cierto sentido resolver la contradicción social e partir de una solución a la

encuestas aplicadas por Chen-Young el empresariado no dudaba en apoyar el control extranjero sobre manufacturas, minería, comercio, hoteles, banca comercial, seguro, etc., y se oponía al establecimiento de límites de tiempo o de esferas económicas al movimiento inversionista foráneo.

Un cuarto espacio contradictorio derivaba del esquema de “participación democrática” propugnado por Manley, que éste ligaba directamente a los “principios de la justicia social y la igualdad que deben guiar la política de los gobiernos”.¹⁶

De aquí que para el nuevo gobierno la realización plena de la democracia tuviera como premisa la ejecución de los programas sociales para todos los jamaicanos, principalmente a través de la democratización de la educación. A nivel de las estructuras y mecanismos políticos el gobierno se proponía algunas modificaciones de los patrones tradicionales de participación. Se trataba de variar el propio concepto de participación política, limitado hasta entonces para las mayorías a la participación electoral maniatada por el clientelismo. En este mismo sentido se consideraba poco representativo el sistema de relaciones entre el gobierno nacional y las instancias inferiores, dado el alto grado de centralización que Manley calificaba de “colonialismo interno”.¹⁷

Como habíamos anotado anteriormente, este esquema trataba de presentar el sistema de dominación sobre bases de consenso más activo, y aun cuando mantenía intactas las estructuras tradicionales de control social, retaba sus expresiones más autoritarias y antidemocráticas. No se puede obviar este contenido progresista del pensamiento político del liderato nacional-reformista, ni desconocerlo al analizar la repugnancia que esta situación suscitaba entre los grupos más rancios de las clases dominantes y la burocracia, tanto más cuanto que esta labor de movilización popular corría a cargo de los líderes juveniles e izquierdistas del partido y estaba cargada de fuertes críticas anticapitalistas.

Durante el primer período de gobierno del PNP los factores favorables y adversos al proyecto se conjugaron para determinar el grado de factibilidad del esquema nacional-reformista. La preponderancia de unos u otros delimitó dos etapas. La primera, que corre de 1972 a 1974, sirvió de escenario al auge del proyecto tal y como fue programado al inicio. Durante la segunda (1975-1976) se situaron en primer plano los elementos adversos incubados en los años precedentes y el país presenció una polarización política desconocida hasta el momento. En la base de esta cambiante situación se encontraba el descenso continuado de la economía.

EI AUGE DEL PROYECTO NACIONAL-REFORMISTA (1972-1974)

Desde fines de los 60 se podían observar algunos síntomas críticos de la economía insular: la desaceleración del ritmo de crecimiento del PIB, el aumento del consumo

contradicción nacional, sin tomar en cuenta el carácter determinante de la primera y que en la última instancia contenía a la segunda.

¹⁶ Citado por H. Mc. Eacharne: “Una política para el cambio: la opción de Michael Manley”. En Presencia Nueva, no. 2. CEESTEM, México, 1981, p. 511.

¹⁷ Michael Manley: Jamaica: Struggles in the Periphery. Third World Media Limited. Londres, 8/f, p. 21.

directo sobre la demanda global, el deterioro de los términos de intercambio, la reducción paulatina de las reservas de divisas y la acumulación de una fuerte deuda externa. Dentro de estas consideraciones un peso decisivo lo tuvo la terminación del ciclo inversionista de la bauxita, y con ello la extinción del mecanismo subyacente determinante de la expansión económica, la afectación de la entrada de divisas, la reducción del PNB real y el comportamiento negativo de la balanza de pagos¹⁸. Pero estas dificultades estructurales, si bien preparaban el camino para la bancarrota económica general, pudieron ser paliadas en el marco de las condiciones generales prevalecientes entre 1972 y 1974.

En 1972 el PIB real sólo aumentó en un 1,2%, pero aumentaron las tasas de crecimiento de las manufacturas, la construcción, etc. La manufactura creció en un 7,4%, calculado a base de precios corrientes, la tasa más alta desde 1968, lo que elevó su participación en el PIB al 13,2%. En 1973 se incrementó este ritmo de crecimiento manufacturero y el volumen de sus ventas en el exterior, especialmente en las ramas del cuero, la metalurgia y la textil. En otros sectores como el turismo, la minería y el agropecuario no se produjo crecimiento sustancial, pero se reportaron aumentos de ingresos por exportación.

La inversión bruta, a precios de 1970, experimentó un ligero aumento en su contribución al PIB, para representar en 1974 un 22,6% superior al año 1972, pero inferior a 1971. Sin embargo, este crecimiento se logró especialmente gracias a las inversiones públicas, que ascendieron gradualmente, mientras las privadas se mantenían estancadas. En 1974 el sector privado contribuyó al movimiento neto de capitales con 139,2 millones de dólares jamaicanos, cifra superior a los 81,9 millones provenientes del sector público.¹⁹

El valor de las importaciones creció, lo que afectó negativamente la capacidad de inversión y producción del sector manufacturero, pero se mantuvo una relación porcentual estable entre importaciones y exportaciones, oscilante entre un 55 y un 60%. Entre 1972 y 1975 el Estado pudo mantener una activa participación económica gracias al aumento de los ingresos por concepto de exportaciones, empréstitos concertados en términos relativamente “blandos” y, desde 1974, por el nuevo impuesto establecido sobre la bauxita y la participación estatal en las acciones de algunas compañías. Esto le permitió extender los gastos sociales acorde con el discurso reformista de 1972. Entre 1972 y 1973 fueron dictadas unas 19 medidas en beneficio de las masas pobres en general —campesinado, desempleados, jóvenes, obreros no calificados—, así como de los pequeños negociantes. En particular merece atención el nuevo plan de reforma agraria “Operación Grow” y la formación de las cooperativas de trabajadores en algunos centrales azucareros. Un cuidado especial recibieron los planes de empleos, entrenamiento laboral, atención a la juventud, salud pública y educación, cuyos niveles medio y superior fueron

¹⁸ Cfr. Norman Girvan, R. Bernal y W. Hughes: “El Fondo Monetario Internacional y el Tercer Mundo: el caso de Jamaica”. En Cuadernos Económicos Trimestrales no. 3, CEA, La Habana, diciembre de 1980

¹⁹ Datos procedentes de Social and Economic Survey, Jamaica, 1973, y de CEPAL: Estudio Económico de América Latina, New York, 1974.

declarados gratuitos. Sin embargo, dada la solvencia financiera del gobierno y el reducido monto de egresos por concepto del pago de la deuda externa, la extensión de los gastos sociales no actuó en detrimento de los gastos económicos en general, tales como subsidios a la industria y el comercio, el desarrollo de la infraestructura productiva y de las comunicaciones, etcétera.

En el bienio los gastos del gobierno dedicaban un 56% a estos gastos económicos, entre un 40 y un 37% a los sociales y sólo entre un 5 y un 7% a los servicios generales, donde se ubica la deuda externa. Entre los gastos sociales y comunitarios tenían un peso específico notable los destinados a la construcción de caminos y puentes (donde el uso de técnicas de mano de obra intensiva permitía el empleo de gran cantidad de asalariados y otros servicios sociales. Los servicios económicos incluían financiamiento agrícola, en el marco del “Grow” y a otras esferas productivas. En especial se mencionan las compras de acciones de compañías privadas y el otorgamiento de créditos a algunas empresas emergentes. En el año siguiente esta situación no varió sustancialmente. En 1974 los servicios generales absorbían el 14% de los gastos de capital, los servicios sociales el 25 y los económicos el 61 %. Si bien la composición porcentual varió en detrimento de los servicios sociales, en total éstos aumentaron en términos absolutos, mientras que los servicios económicos, en particular los dirigidos a la agricultura y al pequeño empresariado, crecieron notablemente. Ya entonces el peso de la deuda externa se hacía notar, pero todavía no resultaba decisivo en el comportamiento económico nacional.

Nada de lo anteriormente señalado puede interpretarse en el sentido de que la lucha de clases fue minimizada en virtud de una supuesta armonía social. Al contrario, aquella se acentuó durante el trienio. Las medidas reformistas gubernamentales fueron refractadas por el prisma clasista de cada sector social y generaron notables disputas que frecuentemente no tenían soluciones satisfactorias para una o ambas partes. Apenas anunciadas las leyes reformistas, en el agro se produjo una ola de ocupaciones de tierras que se extendió durante todo el bienio 1972-1973, lo que a la vez provocó la airada reacción de los latifundistas. Las relaciones entre el capital y el trabajo no fueron mejores. El número de disputas laborales, incluyendo cierres patronales y huelgas, creció en 1972 y 1973 con respecto a años anteriores. En 1973 se registraron 371 conflictos, 24 menos que en 1972; pero a la vez el número de reuniones efectuadas entre las partes para allanar las diferencias aumentó de 766 en 1972 a 891 en 1973, lo que denota la dificultad creciente para llegar a acuerdos entre los litigantes.²⁰

En particular merece señalarse la actitud de los grupos empresariales, sobre todo de sus estratos superiores, quienes si bien no pasaron todavía a una posición abiertamente hostil, tendieron siempre a recortar los efectos de las medidas progresistas dictadas y se opusieron a los planes sociales del gobierno. En 1974 el director del Banco Central de Jamaica declaraba a un periódico de Trinidad que “no

²⁰ *Ibíd.*

podemos decir que estamos en deuda con las clases acomodadas de Jamaica. Lo único que han hecho ha sido combatimos en cada momento y protestar ruidosamente ante cualquier medida que amenazara sus comodidades”.²¹ Esta situación se puso de manifiesto cuando se impuso el impuesto sobre la producción de la bauxita en 1974. Cuando la medida fue anunciada el sector privado la aplaudió, condicionó su apoyo a que los excedentes obtenidos se situaran en el Fondo de Desarrollo del Capital. La izquierda radical y algunos líderes sindicales expresaron su inconformidad con la medida y argumentaron que los dividendos deberían emplearse con fines sociales. Aun cuando el gobierno trató de satisfacer ambas opiniones, unos meses más tarde el periódico *Gleaner* recogía editorialmente las posiciones del gran empresariado, denunciando que los fondos no habían tenido un buen uso y que estaban siendo utilizados para desarrollar los programas sociales del PNP.

Lo que queremos destacar es que, a diferencia de los años precedentes y de los siguientes, el Estado jamaicano pudo ubicarse en medio de tal situación —todavía no totalmente polarizada— y actuar como un árbitro legitimizando así su proyecto “por encima de todas las clases”. Esta posibilidad de apaciguar los enconamientos clasistas mediante constantes zigzagueos a la izquierda y a la derecha —lo que Manley llamó “el diálogo constante”— se puso de manifiesto en varias ocasiones con cierta efectividad. Pero se debe recalcar que se trataba de una efectividad condicionada por la solvencia económica del Estado y por la no polarización sociopolítica como factor dominante de la sociedad jamaicana.

LA POLARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD JAMAICANA (1975-1976)

Los factores favorables a la viabilidad del proyecto nacional-reformista comenzaron a desaparecer o quedaron subordinados a partir de 1974. En primer lugar, los años que siguieron a 1974 se caracterizaron por el endurecimiento de las condiciones económicas en consonancia con la crisis económica mundial, el alza de los precios del petróleo y otros factores económicos adversos que acentuaron la crisis estructural del modelo de acumulación y de la sociedad insular en su conjunto. Una derivación significativa fue la acentuación de la descapitalización del país y el endurecimiento de las fuentes de financiamiento externo. Empeoró la crítica situación de la balanza de pagos y comercial. Si en 1974 el alza de los precios de las materias primas produjo un incremento de los ingresos que en alguna medida alivió la crónica situación negativa de la balanza comercial, en 1975 éstos tendieron a declinar y en algunos casos se desplomaron, a lo que se unió la reducción de los volúmenes exportados. En 1975 el ingreso proveniente de las exportaciones de productos primarios se redujo en cerca de 30 millones, mientras que globalmente el aumento producido fue pequeño, muy por debajo de los egresos por importaciones. Al mismo tiempo se incrementaron sustancialmente los gastos de importaciones de

²¹ Citado, por Vaughan Lewis en op. cit. Al decir de Manley, a pesar de los pasos sinceros del gobierno en beneficio del sector privado, éste “no estaba preparado para aceptar el lugar honorable que le estaba reservado en un sistema modificado”.

combustibles,²² tecnologías, materias primas y productos manufacturados, así como los pagos derivados de la deuda exterior, El turismo, segunda fuente de divisas, vio reducidas sus operaciones como resultado de una merma sustancial de visitantes. Todo este proceso marchó paralelamente al endurecimiento de las condiciones de financiamiento exterior, al punto que en 1976 los bancos comerciales cancelaron sus créditos a la isla. Como consecuencia de estas adversidades, Jamaica perdió reservas por las cantidades de 74 y 254 millones de dólares en 1975 y 1976 respectivamente. De acuerdo con el informe público del ministro de Finanzas, David Coore, el 15 de enero de 1976 había 57,3 millones de dólares en el tesoro nacional, el costo de las Importaciones del país durante tres semanas, lo que achacaba al des balance comercial y la expatriación ilegal de capitales.

El proceso inversionista se contrajo a tenor con las dificultades económicas y con lo que eufemísticamente ha sido llamado “el pesimismo prevaleciente” en los medios empresariales. En 1976 la inversión bruta real decayó en un 31 % y su relación con el PIS descendió de un 22,4% a un 16,9%. En 1974 el movimiento neto de capitales había arrojado un superávit de 221 millones de dólares jamaicanos, pero en 1976 sólo fue de 61 millones. Entre uno y otro año mediaba una drástica reducción de la inversión y el ahorro privado. Este último, que en 1969 representaba el 19,2% del PIS, en 1976 sólo era el 7,8%. A la par, se agotaba la capacidad inversionista del Estado, obligado a operar con un crecido déficit financiero. Como luego veremos, en éstos índices económicos negativos influía el sabotaje económico de la gran burguesía.

La evolución económica nacional se caracterizó por el estancamiento y la regresión de los principales sectores productivos, los que crecieron sólo un 0,9% entre 1977 y 1978. El constreñimiento de los ingresos de divisas limitó la capacidad para las importaciones vitales de la industria manufacturera, por lo que disminuyeron sustancialmente las importaciones de bienes de capital. El sector manufacturero declinó en 5,1 % en 1976 y en 9,6% en 1977. Las importaciones de maquinarias y otros equipos técnicos —que en 1972 representaban el 26,3% de las importaciones—, en 1978 eran sólo el 12,7%. Si en 1974 el PIB había crecido a precios constantes en un 1,4%, al año siguiente disminuyó en un 2,3%.

La crisis económica limitó considerablemente la capacidad reguladora del Estado y la posibilidad de impulsar su voluntad reformista, conservando el mismo tiempo la representación de los intereses globales de las clases dominantes y de los influyentes sectores medios.

Si en los años de 1972-1974 el Estado pudo sostener cuantiosos servicios económicos y sociales gracias a la solvencia económica del Estado, a partir de 1975 el crecimiento de los servicios generales —donde tenía especial peso la deuda externa—, junto a la reducción general de los ingresos, impidieron prolongar esta panacea. En ese año los servicios generales absorbieron el 27% de los gastos de

²² Según Trevor Farrell si en 1972 Jamaica debió pagar 6 millones de dólares por el petróleo importado, en 1978 la suma ascendía a 194 millones. Véase: “Update on Energy Crisis”, En Caribbean Contact, abril de 1980.

capital, mientras que los gastos sociales ascendieron al 27%, en consonancia con la voluntad reformista del gobierno. La afectación compensatoria de los incrementos anteriores se produjo en los servicios económicos, cuya participación se limitó al 46%, 15% menos que en el año anterior. Dentro de este rubro los gastos en agro cultura crecieron, pero los destinados al financiamiento industrial y comercial descendieron en términos absolutos.²³

Ante el gobierno del PNP se planteó una disyuntiva: continuar los planes reformistas redistributivos y nacionalistas o, detenerlos para amoldarse a las necesidades de las clases dominantes —y especialmente de los sectores hegemónicos. Dada la presión popular y la fuerte influencia dentro del partido de un ala izquierda, el PNP optó por la primera alternativa.

Entre 1975 y 1976 el proceso reformista se profundizó a la vez que Jamaica adoptaba posiciones antimperialistas más firmes. En 1975 se anunció un proyecto de “participación obrera” en la dirección y utilidades de las empresas, cuyo estudio y aplicación fue encargado a Rex Nettleford. Si bien las sugerencias que emitió la comisión no contenían propuestas anticapitalistas, fueron recibidas con desagrado por el empresariado, que insistió en limitar la participación a “asuntos domésticos menores”.²⁴ En el marco de este proceso, se fue produciendo una definición ideológica y programática con la adopción del socialismo democrático al calor de los contactos con la Internacional Socialista, que se oficializaron en 1975.

Simultáneamente el gobierno intensificó sus posiciones tercermundistas y no alineadas con posturas internacionales altamente positivas, tales como el apoyo a la misión internacionalista de Cuba en Angola y el estrechamiento de lazos fraternales con este país y con países del campo socialista, básicamente con la URSS.

Es precisamente a partir de estos acontecimientos económicos y políticos que se comienza a producir un inusitado y rápido alineamiento político de las clases sociales insulares, que culminó en las elecciones parlamentarias de 1976.

Un primer indicio de este fenómeno fue el estrechamiento de una alianza reaccionaria entre las capas medias conservadoras, los distintos estratos burgueses liderados por el gran empresariado, el capital transnacional y el imperialismo. La alianza estuvo dirigida a detener el proceso iniciado en 1972. Importantes fracciones de la burguesía nativa —que habían impulsado inicialmente un proyecto que estimulaba la ampliación de sus niveles de acumulación— y numerosos componentes de las capas medias cambiaron su actitud alertados por las crecientes, dificultades económicas, la vocinglería anticomunista, la relativa reducción de sus niveles consumistas y el temor al ascenso sociopolítico y económico de los sectores populares beneficiados por los programas sociales del gobierno. A la larga

²³ En este sentido consúltense Norman Girvan y R. Bernal: “El FMI Y la exclusión del desarrollo: el caso de Jamaica”. En *El Caribe Contemporáneo*, no. 5, enero-abril de 1981; CELA, UNAM; J. Fontanals y F. Portas: “La crisis Jamaicana”. En *América Latina en crisis*, ILDIS, Caracas; Social and Economic Survey, Jamaica, 1978.

²⁴ Erich Holtze: “Participación obrera en Jamaica”. En *Nueva Sociedad*, septiembre-octubre de 1976.

prevalecieron los intereses más estrechos de clase y la mezquina visión de un mundo compartimentado y reducido a la contabilidad de las ganancias.²⁵

Este paulatino alejamiento de las clases dominantes y sus representantes intelectuales del gobierno configuró una crisis de representatividad que en parte prolongaba la suscitada a la altura de 1967, en la medida que no se había solucionado la instrumentación de una política económica y de dominación social a la hechura de los intereses de las fracciones hegemónicas en el bloque de poder, pero ahora se planteaba sobre bases diferentes. Hacia 1976 esta crisis había madurado en un enfrentamiento directo. La manifestación más sensible de este enfrentamiento se, produjo en el campo económico.

La crisis productiva y financiera del país no estuvo determinada por leyes económicas puras. También incidió el sabotaje económico de las clases dominantes y el imperialismo. Podríamos afirmar que existió una relación dialéctica entre la voluntad reformista del gobierno, la reacción empresarial-imperialista y la crisis económica. Como han señalado Girvan y Bernal.

la verdadera causa del rápido deterioro de la balanza de pagos en 1975-1976, que hizo caer a Jamaica finalmente en los mecanismos del FMI, puede encontrarse en la cuenta (invisible) de servicios y en la cuenta de capital. Ambas estaban enlazadas, junto con la reacción política nacional y extranjera, a las reformas del gobierno del PNP, a su afirmación de soberanía económica y a su creciente posición ant imperialista.²⁶

Solamente en 1976 los ingresos provenientes de la bauxita se redujeron en 54 millones de dólares. Las compañías de la bauxita restringieron su producción en un 25% en 1975 y en un 11% en 1976. De igual manera, la reacción política afectó los ingresos provenientes del turismo. Esto estuvo determinado por la propaganda adversa que se venía desarrollando en el exterior y que tenía como principales tópicos la exaltación de los “avances comunistas” en la isla y el terrorismo. Los principales promotores de esta propaganda fueron periódicos de los Estados Unidos y Canadá, precisamente los principales mercados turísticos de Jamaica, tales como The New York Times, El Miami Herald, Taranta Star, Montreal Star, etc.²⁷

La campaña propagandística en el exterior estuvo complementada por otra similar dentro de la isla, y que tuvo su principal soporte en el tradicional vocero de la reacción: el Daily Gleaner.

Las presiones no fueron solamente de índole económica. En septiembre de 1976 Manley denunciaba un vasto plan subversivo que además de la “propaganda viciosa” y del sabotaje económico contenía la creación de grupos paramilitares y la extensión de la ola de violencia. Manley situaba en la base de este plan a “la pandilla”

²⁵ Un intento de racionalización de la oposición del sector empresarial al proyecto socialista democrático puede leerse en el artículo de Paul Chen.Young: “What Price Democratic Socialism? En Economic Report, vol. 1, no. 12. Jamaica, febrero de 1976.

²⁶ Norman Girvan y R. Bernal: “El FMI Y la exclusión de opciones de desarrollo: el caso de Jamaica”. En El Caribe Contemporáneo, enero-abril de 1981. CELA, UNAM,

²⁷ Marlene Cuthber: “News Selection and News Values: Jamaica In the Foreign “Press”. En Caribbean Studies, vol. no. 19 2-3, abril-julio. 1979.

compuesta por “los beneficiarios del imperialismo que se oponen al cambio, quienes furtivamente huyen con el dinero del pueblo y toman residencia en el extranjero” y distinguía entre éstos y aquellos empresarios que han “edificado un negocio honesto y que han producido y ayudado cooperativamente a sus trabajadores”.²⁸ Una importante distinción hizo Manley entre el JLP en 1944 y la misma colectividad a la altura de 1976. La nueva dirección del partido, encabezada por el ultrarreaccionario Edward Seaga, representante político orgánico de la gran burguesía y del capital transnacional, constituyó un elemento interno clave de la estrategia desestabilizadora y de la extensión de la violencia política, de la cual el propio Seaga era considerado su más brillante organizador. Completaba el esquema conspirativo reaccionario el factor externo aglutinante: la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, alentada por el equipo gobernante del binomio Ford-Kissinger.

LAS ELECCIONES DE 1976 Y SUS CONSECUENCIAS

La campaña desestabilizadora cobró altos vuelos cuando se anunciaron los comicios electorales anticipados en 1976. Una rápida ojeada a los acontecimientos entre enero y diciembre de ese año muestra una cadena ininterrumpida de boicots económicos del empresariado nativo (organizado desde marzo en un frente unido: The Private Sector Organization of Jamaica) y de las compañías transnacionales; asaltos armados a oficinas gubernamentales o partidistas o simplemente a simpatizantes del gobierno; amenazas políticas externas e internas y otros, todos ellos recogidos y distorsionados por el Daily Gleaner, el que para entonces había logrado completar un equipo de columnistas ultrarreaccionarios encabezados por J. Hearne, W. Perkins y D. Da Costa, encargado de dañar diariamente la imagen pública del gobierno. Este enfrentó la ola de violencia mediante la promulgación del estado de emergencia. Otros procedimientos como formar destacamentos populares armados de autodefensa fueron boicoteados por la oposición, el empresariado y algunos sectores eclesiásticos.²⁹ Las elecciones de 1976 tuvieron rasgos distintivos respecto a sus predecesoras, no sólo por el alto grado de violencia, sino también por la intensidad de los debates ideológicos, que incluyeron por primera vez la política exterior y el realineamiento clasista de la votación.

El PLJ inició su campaña desde fines de 1975, contando con un amplio apoyo financiero y un sólido aparato propagandístico. Concentró su campaña en acusar al gobierno de incapacidad, corrupción, mala administración, compromiso comunista, etc. Un rasgo esencial del JLP en 1976 consistió en el retraimiento de su vieja guardia y en la presentación de una fachada abiertamente precapitalista encarnada en

²⁸ Discurso en la 38a. Conferencia Anual del PNP, septiembre de 1976. Ed. Consultantes INC, San Francisco, 1976.

²⁹ Una cronología bastante completa puede encontrarse en el libro de Michael Manley Jamaica: Struggle In the Periphery. Third World Media Limited, London, s/f. Baste citar que H. Rase, uno de los líderes del JLP, se vio obligado a renunciar alegando que su partido había adoptado el uso de la violencia “como un medio para obtener la victoria en las elecciones”, e implicaba directamente al líder laborista Parnell Charles.

las figuras de Edward Seaga y los candidatos presentados, casi todos representantes del gran empresariado.

En cambio el PNP no pudo comenzar su campaña sino tres meses antes de las elecciones, debido a la carencia de fondos monetarios. No obstante se apoyó en un contingente de jóvenes activistas —dirigidos por el líder izquierdista Donald Duncan— que le imprimieron gran dinamismo y lograron a la vez una excelente vía de comunicación con los miles de jóvenes mayores de 18 años que ejercían por primera vez el derecho al voto. El partido centró su campaña en la promesa de continuar el programa de reformas emprendidas cuatro años atrás. A pesar del clima de violencia, fueron empadronados el 72% de los posibles electores, y de éstos, votó el 85,2%, el mayor índice de participación electoral registrado nacionalmente. El PNP recibió el 56,7% de los votos emitidos y ocupó 47 escaños, mientras el JLP reunió el 43,2% y aseguró 13 escaños.³⁰ De 60 distritos electorales, 35 giraron levemente en favor del JLP y 21 en mayor medida en beneficio del PNP. Aquellos distritos de fuerte presencia de "clase media" optaron por el JLP el que también conservó primacía —aunque aquí cedió terreno— en los que tenían población mayoritariamente rural.

En cambio, el PNP barrió en los distritos populares urbanos y captó en todas partes el voto juvenil.

Atendiendo a las ocupaciones, las preferencias partidistas se distribuyeron de la manera en que se expresa en la tabla siguiente. Pueden observarse los desplazamientos electorales desde 1972:

	1972 (%PNP)	1976 (%PNP)
Capacidad ocupacional		
Desempleados	52	55
Trabajadores manuales no agrícolas	57	66
Trabajadores administrativos del sector privado	65	56
Pequeño campesinado	47	45
Asalariados agrícolas	52	56

Además, el PNP logró el 67% de los votos de la burocracia estatal, el 47% de los pequeños negociantes y el 75% de los votos estudiantiles.

La campaña anticomunista del JLP logró pocos efectos en la población. Sólo un 3% de los votos laboristas se fundamentó en el temor al comunismo, a pesar de que entre un 40 y un 60% de la muestra entrevistada por Stone confesó ser anticomunista. Alrededor de un 70% de los encuestados consideró beneficiosa la ayuda cubana.

Entre 1974 y 1976 el realineamiento clasista producido operaba determinado por la contradicción fundamental entre el capital y el trabajo. a la cual estaba subordinada una segunda contradicción influyente, entre las fuerzas interesadas en el

³⁰ Carl Stone: "La elección parlamentaria de 1976 en Jamaica". En Nueva Sociedad, no. 28, enero-febrero de 1977.

mantenimiento del orden neocolonial y aquellas cuyos intereses objetivos coincidían con un desarrollo nacional en contraposición a la dominación imperialista.

Ni objetiva ni subjetivamente el bloqueo popular estuvo en condiciones de ofrecer la única alternativa capaz de solucionar en lo inmediato esta doble contradicción: un proyecto democrático revolucionario que incluyera a todos los sectores sociales interesados en la materialización de los postulados de justicia social, participación democrática y liberación nacional, pero bajo la dirección de las clases trabajadoras. Factores como la inmadurez de la izquierda —dentro y fuera del PNP— y el encauzamiento del movimiento popular a través de los mecanismos propios del sistema de dominación —de los cuales eran el PNP y la NWU dos piezas claves— impidieron la generación de una situación revolucionaria en la que “los de abajo” no permitieran la continuación del estado de cosas existente y “los de arriba” no pudieran mantenerlo. Incapaz de ascender a un nuevo escalón político y de renunciar a sus intereses clasistas, la pequeña burguesía reformista continuó aferrada a su pecado original: afectar la lógica de “un modelo concentrador”, sin alteraciones esenciales en su estructuración y funcionamiento.

Aunque la gran burguesía y el imperialismo, representados por el JLP y sus bandas paramilitares, no pudieron derrotar en 1976 la opción reformista, demostraron haber alcanzado un nivel de cohesión y perfilación estratégica idónea para invertir la situación en los cuatro años siguientes.

El JLP, al aparecer en el escenario electoral como un partido cuyo discurso y programa político se articulaban orgánicamente con los intereses de las clases dominantes nativas y el imperialismo, se abrió un espacio político propio, perfectamente insertado en la lógica del modelo de acumulación dominante y que capitalizó el apoyo no sólo de las clases dominantes sino también de los sectores intermedios, temerosos del ascenso popular.

AQUELLOS CUATRO AÑOS (1977-1980)

No obstante, dentro del PNP la izquierda pudo lograr un predominio sustancial a corto plazo, derivado de su papel protagónico en las movilizaciones electorales y del ánimo triunfalista que les siguió. Esta situación determinó la proyección izquierdista del gobierno en 1977 y sus posturas de reto al FMI durante las negociaciones de ese año.

Las relaciones del gobierno jamaicano con el FMI databan de la década del 60, pero en ningún momento fueron fundamentales. Desde 1974 el FMI había realizado varias advertencias a Jamaica acerca de su política económica y social, inaceptable para sus criterios monetaristas. Sin embargo, al comenzar el año 1977, cerrados los créditos de los bancos comerciales, el gobierno del PNP tuvo que recurrir al organismo financiero internacional como una desesperada alternativa ante la bancarrota económica gubernamental. Esto no significa, sin embargo, que el FMI fuera una variable externa y casual en el proceso insular. Aunque la adopción de esta vía estuviera dada en cierta medida por el boicot empresarial y las maniobras de la CIA,

sí resulta necesario destacar que la recurrencia al FMI o a cualquier otra variante financiera imperialista constituyó una necesidad del propio proyecto nacional-reformista, aun cuando no haya sido prevista inicialmente por sus formuladores.

Pero a partir de esa necesidad, lo anterior no niega que el FMI se convirtiera en la principal palanca de la reacción externa e interna para erosionar y finalmente destruir el experimento socialista democrático. En enero de 1977 un grupo de académicos y líderes izquierdistas confeccionó un plan denominado “Alternativa Socialista Democrática” que puede ser considerado como la expresión programática más progresista de los ocho años de gobierno de Manley. Esta alternativa proponía ocho puntos claves para continuar la reducción del cambio monetario extranjero y de las importaciones, la movilización económica del país en torno a la agricultura, las artesanías, las manufacturas esenciales y el desarrollo del turismo, lo que permitiría aumentar los volúmenes de exportaciones tradicionales y generar empleos para la mano de obra liberada por la crisis en otros sectores económicos. También implicaba ajustes presupuestarios gubernamentales, la extensión de sector público de la economía hacia áreas de prioridad social, el impulso a la cooperativización y la búsqueda de nuevos socios comerciales entre los países socialistas. En un discurso pronunciado una semana después de hacerse pública esta alternativa, Manley reafirmó la voluntad reformista del gobierno del PNP y catalogó al FMI de “agencia de préstamos central del sistema capitalista internacional”.

Reafirmó además la idea nodal de su discurso de septiembre de 1976:

“¡no estamos en venta!”³¹ la alternativa socialista democrática se incluyó en un plan de emergencia nacional. Pero a pesar del optimismo de sus promotores, los cálculos de ingresos de divisas estuvieron por encima y los de gastos por debajo de la realidad. Las fuentes de financiamiento exterior no funcionaron y el plan fue sometido a un fuerte sabotaje de la reacción local e internacional. Su fracaso era fácilmente previsible.

En enero de 1977 ascendió a la presidencia de los Estados Unidos el demócrata James Carter, arropado con una retórica que hacía énfasis en el respeto a los derechos humanos, el pluralismo ideológico y el financiamiento de las economías caribeñas. Ello implicó un cambio formal en las relaciones del gobierno de Jamaica con su homólogo norteamericano, con la atenuación de las contradicciones generadas por la política hostil de Kissinger, y a la larga contribuyó la apertura de las puertas a la reacción.³² En abril el PNP comenzó las negociaciones con el FMI y tres meses más tarde se había concluido un primer acuerdo que introdujo sustanciales modificaciones

³¹ Citado por Norman Girvan. R. Bernal y W. Hughes en “El Fondo Monetario...”, p. 18.

³² En este resultado influyó la visita a Jamaica en mayo de Rosalyn Cartero con el ofrecimiento de ayuda económica a cambio de mayor moderación política. Esto se traducía en lo que un funcionario norteamericano aclaraba con franqueza: “Cuando ella dice que apoya al desarrollo económico del Caribe significa que nosotros apoyamos los sistemas que estimulan el libre flujo de capitales y que alientan la Imaginación y la iniciativa”. Véase Cheddy Jagan: “Caribbean Economic Development and Industrialization”, material mimeografiado.

al plan emergente de enero, aunque el gobierno logró preservar sus principales mecanismos reformistas.

Entre julio y diciembre de 1977 el gobierno se debatió entre la opción monetarista del FMI y la voluntad reformista del programa de 1976, lo que se materializaba en el plano concreto en una aguda lucha entre la izquierda y la derecha del PNP, respaldada esta última por los círculos capitalistas.

En diciembre de 1977 el FMI, con una correlación de fuerzas interna y externa totalmente a su favor, consideró que Jamaica había incumplido el acuerdo contraído e impuso drásticas condiciones para el otorgamiento de créditos. El gobierno tuvo que ceder, lo cual fue reconocido públicamente por Manley en su discurso el 14 de enero de 1978.

EL FMI Y LA CRISIS DEL PROYECTO NACIONAL-REFORMISTA

A partir de que el gobierno jamaicano entabla negociaciones con el FMI en 1977, y sobre todo desde el acuerdo de 1978, las relaciones entre ambas entidades se caracterizaron por las crecientes presiones draconianas del Fondo y por los correspondientes regateos-retrocesos del gobierno.

En 1978 David Coore, estratega financiero del gobierno, fue sustituido para la cartera de Finanzas por el moderado Eric Bell, lo que se acompañó con otros cambios gubernamentales similares. La aceptación del plan propuesto por el Fondo contemplaba la recuperación de la competitividad económica en un año mediante la devaluación sucesiva del dólar jamaicano (15% mensual durante el primer año), la unificación de la tasa de cambio y la reducción del salario real en un 25%.

Los principales retrocesos del gobierno ante las presiones del FMI afectaron los avances sustanciales que se habían logrado en materia social y económica durante el quinquenio anterior. El Estado se vio obligado a reducir sus controles sobre diversas áreas económicas —el comercio exportador, los precios—, a minimizar su participación directa en la economía nacional; abandonar su política nacionalista frente a las inversiones extranjeras, puestas al frente, junto a las inversiones privadas nativas, del plan de recuperación económica; “sanear” la balanza de pagos mediante la reducción drástica de los gastos corrientes, etc. Los propósitos declarados del plan “estabilizador” del FMI —lograr la recuperación económica insular— no se cumplieron. En el sector minero se produjo una relativa reanimación con aumentos modestos en la producción, estimulados por la reducción en un 20% de la tasa impositiva de 1974 y por los aumentos de los precios internacionales del aluminio.

Pero esta situación apenas tuvo un efecto positivo sobre el resto de la economía nacional. En la agricultura, el otro sector priorizado, el saldo arrojado entre 1978 y 1979 fue negativo, afectado por una situación climática desfavorable y por la aparición de plagas en diversos cultivos de exportación. El turismo tuvo un considerable alza en 1978, tendencia que disminuyó en 1979, cuando sólo experimentó un aumento del 10,5%. Las manufacturas continuaron arrastrando un crecimiento negativo, agobiadas por la contracción de la demanda interna y por la

imposibilidad de mantener los altos niveles de importación de insumos y materias primas imprescindibles para su funcionamiento.

El sector de las construcciones también continuó su marcado descenso —que databa de 1975— debido a la baja del turismo y de los niveles de inversión, unido al descenso de la participación estatal en los planes del sector. En general actuaron negativamente sobre estos sectores la inmigración de personal calificado, las huelgas y la afectación de los servicios básicos. No fue mejor la situación del sector externo. A pesar de los esfuerzos realizados para incentivar las exportaciones y de algunos modestos avances logrados en 1979, aquellas no crecieron de manera apreciable y se agravó el tradicional déficit en la balanza comercial. La alteración de la balanza de pagos fue similar y en 1979 arrojó un saldo negativo en cuenta corriente de 228 millones de dólares. Una particular incidencia en el deterioro del sector externo lo tuvo el comportamiento de la deuda externa —cuyo crecimiento se convirtió en el único expediente viable para obtener divisas suficientes— y que para 1980 alcanzaba los 1600 millones de dólares. Había crecido un 40% entre 1977 y 1979 Y su servicio absorbía el 30% de los ingresos en divisas. Estos índices se hicieron más agudos aún en 1980.

De esta manera, a pesar de las expectativas levantadas en este sentido, la recuperación económica no se produjo. El camino del FMI —que la derecha dentro y fuera del PNP había proclamado la vía más segura para el desarrollo— no pudo restaurar “la confianza empresarial” ni abrir las puertas del crédito internacional a la depauperada economía insular. Sin embargo, el programa monetarista sí logró resultados sociopolíticos que, si bien no aparecían públicamente enunciados, subyacían en los objetivos centrales de su estrategia. No resulta exagerado afirmar que el FMI actuó como el elemento externo decisivo para la desarticulación del proyecto nacional-reformista y el desbande de sus bases sociales. En primer lugar, al actuar como catalizador de la crisis económica en la isla y hacer énfasis en sus deformaciones estructurales, el programa monetarista trajo como resultado inmediato la acentuación de los males sociales tradicionales que el PNP pretendía reducir. Tras el abandono de los programas gubernamentales el desempleo se elevó rápidamente y alcanzó en 1980 a 365000 personas, el 32% de la fuerza laboral. De igual manera, se produjo una contracción importante de los servicios sociales vitales para las masas más pobres.

Un análisis especial merece la relación entre el capital y el trabajo. Si hasta 1976 se había producido un aumento significativo de los salarios reales, esta tendencia se revirtió a partir de 1977. En 1978 el salario real se redujo en un 35% y en 1979 en un 10%, lo que estaba directamente ligado a los aumentos de precios de los productos de primera necesidad.

En 1978, por ejemplo, los precios aumentaron en un 49,9%. La participación salarial en la renta nacional se redujo de un 55.2 a un 52.3%.³³

³³ Cfr. Norman Girvan, R. Bernal y W. Hughes: “El Fondo Monetario...”

Esta situación provocó un creciente malestar social que abarcó al movimiento sindical. Las bases del partido y sus líderes progresistas y otros sectores políticos y sociales —incluyendo a algunos grupos empresariales preocupados por la afectación del mercado interno y que fueron capitalizados por la reacción política— dieron lugar a violentos incidentes en Kingston y en otras ciudades.

En función de la verdad histórica habría que hacer una diferencia entre lo que acabamos de explicar —y que puede considerarse la tendencia principal del escenario socioeconómico y político en la isla— y los matices que caracterizaron a esta tendencia en cada caso concreto. Ante todo, porque si bien en lo fundamental el proyecto nacional-reformista pudo ser afectado sustancialmente y revertido en más de una esfera, ello no significa que en cada momento no se haya expresado la intención progresista y antimperialista de los líderes populares más honestos, tratando de salvar el mayor espacio posible para el programa de 1976 e incluso retando parcialmente “los principios” del FMI. Así, en marzo de 1979 el gobierno decidió desconocer algunas prohibiciones en torno a aumentos salariales y a limitaciones impuestas a los fondos de pensiones, viviendas populares, seguros, etc. Esta situación se repetía generalmente tras cada devaluación, cuando el gobierno ponía especial cuidado en afectar lo menos posible a los sectores más pobres, lo que provocaba la airada protesta de los “expertos” del FMI.

Por lo demás, Jamaica mantuvo sus posiciones internacionales progresistas. Llevó la denuncia antimperialista a los foros económicos y políticos mundiales y practicó una política exterior independiente que contemplaba la apertura de relaciones estrechas con el llamado Tercer Mundo, el campo socialista y particularmente con Cuba. Esta posición internacional progresista tuvo gran importancia cuando, a partir de 1979, la administración Carter volvió a emprender el camino de la guerra fría en el Caribe.³⁴

La actuación de los partidos políticos entre 1977 y 1980 reflejó las contradicciones sociales y políticas que se dirimían en el escenario jamaicano. Esta situación también se hacía sentir dentro del PNP-gobierno. Pudiera plantearse que durante los programas “estabilizadores” del FMI se produjo una cierta diferenciación de funciones entre el partido y el gobierno. Mientras el último encaraba directamente la ejecución de una política que descargaba sobre las masas populares todo el rigor de la crisis económica y por tanto tenía que moderar su discurso político, el primero funcionaba como el articulador y la garantía del proyecto nacional-reformista que le llevó al poder en 1976, y en esa medida podía hacer uso de una retórica radical. Sin embargo, esta diferenciación no podía ser tan profunda que salvara al PNP de la pérdida de legitimidad que sufría la gestión gubernamental. La relación partido-gobierno, encarnada en la propia figura de Manley, fue siempre muy estrecha. Una palpable manifestación de la erosión del PNP quedó evidenciada en la

³⁴ Las relaciones gubernamentales Jamaica-Estados Unidos llegaron a un punto muy bajo desde fines de 1979. En un franco gesto intervencionista el gobierno “pluralista” de Carter dio un plazo de seis meses para que Manley “modificara su actitud” o de lo contrario se vería obligado a utilizar “una línea dura”. Véase *El Caribe Contemporáneo*, no. 1, CELA. UNAM, México.

serie de encuestas emprendidas por Carl Stone y ampliamente divulgadas por la reacción, las cuales desde junio de 1978 ubicaban ventajas del JLP sobre el PNP y un crecimiento notable del número de indecisos.

En este contexto se aceleraron las luchas fraccionales intrapartidistas. Durante 1978 y 1979 la fracción derechista había logrado copar los principales mecanismos de dirección dentro del partido y el gobierno, así como hacer prevalecer la tendencia al acercamiento a los grupos empresariales y al FMI. Pero al mismo tiempo —y a pesar de la renuncia de los principales líderes izquierdistas a sus puestos de dirección— la fracción radical experimentó un continuo fortalecimiento y perfiló una alternativa democrática revolucionaria a la vía del FMI. El centro del partido liderado por Manley, que fue definido por este último como “un grupo con un alto grado de flexibilidad política afín al pragmatismo”,³⁵ resultaba el factor decisivo para encaminar la política partidista en una u otra dirección. La fuerza de las tendencias de izquierda se hizo sentir en la 40 Conferencia Nacional, en 1978, donde se aprobó un documento programático titulado “Principios y objetivos”, tras dos años de intensas discusiones y debates a todos los niveles del partido. Revalidando la doctrina socialista democrática, el documento establecía sus bases a partir de la alianza de las clases trabajadoras, el pequeño campesinado, las capas medias, el lumpen-proletariado y los grupos burgueses dispuestos a trabajar en favor de “una sociedad justa”. Reclamaba una estructura económica donde predominara el sector estatal de la economía y adjudicaba al Estado el derecho de regular y controlar el desarrollo de otros sectores económicos (privado y cooperativo), así como el funcionamiento de las inversiones extranjeras. En cualquier caso, “la participación obrera en la propiedad y dirección de las empresas es una prioridad de nuestra economía política”. De igual manera se pronunciaba por el desarrollo de los planes asistencial, educacional, de salud, y por la reforma agraria. En cuanto a política exterior afirmaba la línea antimperialista y tercermundista, la necesidad de expandir los vínculos con otros países, incluyendo a los socialistas; la integración al Movimiento de Países No Alineados, al Grupo de los 77 y a los mecanismos de cooperación regional y el apoyo militante a los movimientos de liberación nacional, contra el racismo y el fascismo.

No obstante, el documento hacía hincapié en la diferencia esencial entre socialismo democrático y socialismo científico, definiendo este último a partir de la dictadura del proletariado y el control absoluto del Estado, lo cual enlazaba con la definición de “totalitarismo” y donde “el Estado extiende su influencia sobre toda la vida, tanto privada como pública, y precisa total sumisión del individuo a sus demandas”.³⁶

Durante 1979 varios factores contribuyeron a consolidar el predominio de la tendencia democrático-revolucionaria dentro del partido. Uno de ellos fue el giro de la situación política internacional y subregional. A partir de 1979 el gobierno demócrata de James Carter abandonó sus posiciones “pluralistas” y en defensa de los

³⁵ Michael Manley: *Jamaica: Struggles...*, p. 29.

³⁶ PNP: *Principles and Objectives*. Kingston, febrero de 1979.

“derechos humanos” para abocarse en una avanzada belicista sobre la “tercera frontera” norteamericana, acicateado por las firmes posiciones de Cuba, los triunfos revolucionarios en Granada, Nicaragua, la crisis revolucionaria en El Salvador y otros acontecimientos en la esfera mundial que indicaban el indetenible avance de las fuerzas partidarias del progreso y el socialismo. Si la “apertura diplomática” de Carter en 1977 constituyó un condicionamiento para la moderación del PNP, la vuelta a la guerra fría produjo el efecto contrario, toda vez que en el área se gestaba una polarización política a la que Jamaica no podía escapar.

La crisis económica, el deterioro del proyecto nacional-reformista y la nueva cruzada anticomunista en el Caribe constituyen un espaldarazo político al Partido Laborista. Abierto su espacio político propio como proyecto orgánico del gran capital, en constante fortalecimiento a expensas de la estampida de los sectores reaccionarios del PNP y del descontento popular, el JLP pudo hacer una cómoda campaña de descrédito contra su oponente, basada en la crisis económica, la incapacidad administrativa, la inviabilidad del socialismo en Jamaica y el anticomunismo más feroz, que encontraba su principal blanco en Cuba. Planteadas las cosas así, la continuación del sometimiento al FMI —que no detenía la crisis económica y enajenaba el apoyo popular— no sólo conspiraba contra la aspiración a un tercer mandato gubernamental, sino que atentaba directamente contra la legitimidad del partido y su espacio político. En la 41 Conferencia Nacional del PNP, celebrada en septiembre de 1979, se discutió ampliamente la cuestión económica del país y uno de sus aspectos medulares: los programas monetaristas del FMI. Como resultado se designó una comisión económica encargada de hacer un estudio más profundo y de dictaminar el rumbo a seguir. Antes de que la comisión emitiera sus condiciones, en diciembre de 1979 el FMI declaró que Jamaica había suspendido sus comprobaciones fiscales y suspendió su programa ampliado. Acusó al gobierno de mala administración y exigió la reducción del 20% de los gastos del gobierno, excluyendo la deuda externa.³⁷ El dictamen del FMI alentó a la oposición en su reclamo de elecciones anticipadas, a lo que Manley se vio obligado a ceder en febrero de 1980. Unos días más tarde la comisión económica del PNP emitió su veredicto opuesto a continuar los vínculos con el Fondo, pero el Consejo de Ministros no pudo llegar de inmediato a un acuerdo. Aunque todos coincidían en que debía producirse la ruptura con el FMI, algunos preferían hacerlo de inmediato, mientras otros abogaban por otro acuerdo de un año que permitiera buscar nuevas fuentes de financiamiento. Después de dos semanas de discusión, el 22 de marzo se acordó la ruptura inmediata y proceder a la denuncia del FMI como eje político de la propaganda del partido. Las conversaciones con los funcionarios del FMI fueron descontinuadas. Simultáneamente se procedió a sustituir a los ministros más

³⁷ Véase Norman Girvan y R. Bernal: “El FMI Y la exclusión...” Según estos autores las causas del incumplimiento radicaban en factores objetivos como aumento del precio del petróleo, de las tasas de interés y de la inflación a nivel mundial, además de factores climáticos adversos que diezmaron algunos cultivos de exportación.

comprometidos con la política anterior por figuras de la izquierda, como el caso de la sustitución de Eric Bell por Hugh Small en la cartera de Finanzas.

LAS ELECCIONES DE 1980

El marco que sirvió de escenario al proceso electoral de 1980 se caracterizó ante todo por la extrema agudización de la lucha de clases y su correspondiente polarización y agresividad política. Las huelgas obreras se incrementaron notablemente, espoleadas por la intransigencia patronal, que recurrió frecuentemente a cierres y paros injustificados y con evidentes matices políticos. En abril de 1980 la Jamaica Manufacturers Association anunció el cierre de 52 empresas por carencia de materias primas, a la par que financiaba abiertamente a la oposición política y los grupos paramilitares.³⁸ De singular importancia resultó la fundación del Workers' Party of Jamaica (WPJ), primer partido marxista-leninista nacional con una proyección efectiva en el proceso político. Fundado en 1978, tras varios años de maduración ideológica y organizativa a través de la Workers Liberation League, el WPJ marcó un hito en la superación del trauma histórico de la izquierda jamaicana y el reto más contundente al sistema de dominación en la isla.³⁹

Desde mediados de año fueron anunciados los programas de ambos partidos. En septiembre el PNP presentó un manifiesto titulado “Fundamentos para el futuro”, en el que se repetían los argumentos en favor del socialismo democrático y de las propuestas de 1976 y se criticaba al FMI por haber conducido a Jamaica a una situación socioeconómica crítica entre 1977 y 1979. Además se enfatizaban los factores objetivos que dañaron la economía jamaicana y torpedearon el proyecto nacional-reformista. Sin embargo, una cuestión que podría analizarse sería el grado de credibilidad de este programa ante los ojos de las masas jamaicanas, sobre todo si consideramos que estos mismos argumentos fueron los que se enarbolaron durante los años en que el poder adquisitivo de las masas empeoraba día tras día y los trabajadores pagaban el precio de una crisis económica sumida en un callejón sin salida. Incluso para los electores más analíticos el programa del PNP no podía resultar atractivo: en él no aparecían verdaderas alternativas a los problemas que se señalaban como causantes de la crisis y que habían determinado la inviabilidad del nacional-reformismo desde 1977.

La crítica al FMI —el argumento ofensivo de más lucidez dentro de los “Fundamentos para el futuro”— no podía llenar esta necesidad, no sólo por el poco tiempo que estuvo presente en la propaganda del gobierno, sino porque era ya un argumento gastado en el curso de las zigzagueantes relaciones entre el PNP y el FMI.

³⁸ Caribbean Contact, abril de 1980.

³⁹ tablecido cuatro pasos en el proceso de maduración del partido: 1970-74: preparación Ideológica a través de círculos de estudio; 1974-76: se desarrolla un notable trabajo propagandístico a través de la WLL; 1976-78: cuando comienza el trabajo de agitación que culminó en 1978 con la fundación del partido, actualmente inserto en un rápido proceso de crecimiento y fortalecimiento orgánico. Cfr. Trevor Munroe: Party Formation in Jamaica, Jamaica, 1980.

A todo esto debe agregarse que durante el período electoral el PNP mostró a sus electores la imagen de un partido vacilante y dividido.

En cambio el JLP articuló un programa que, despojado de cierta retórica demagógica propia de estos líderes, reflejaba diáfananamente los intereses del gran capital nativo e imperialista que se alineaba con las corrientes políticas más conservadoras del espectro norteamericano, atrincheradas en el Partido Republicano.

Sajo el título “Cambio sin caos”, el manifiesto laborista contenía una serie de acusaciones contra el PNP, comparando los años críticos de su gobierno con un alegado auge económico durante el mandato del JLP entre 1962 y 1971. Siete objetivos básicos planteaba el programa: a) restauración económica y generación de empleos; b) restauración y expansión de los servicios públicos; c) desarrollo de la niñez y la juventud; d) restablecimiento de la seguridad y la estabilidad nacionales; e) desarrollo de las áreas rurales; f) desarrollo y preservación de la cultura nacional y g) una política externa balanceada.

El manifiesto afirmaba que para los tres años subsiguientes la estrategia del PLJ se basaría en revertir la declinación y en restaurar el crecimiento económico alcanzado una tasa de crecimiento no menor del 5% en 1983.

Un primer paso al respecto sería cubrir el desbalance financiero a través de nuevas fuentes de financiamiento, aumento de exportaciones no tradicionales, incentivación a proyectos inversionistas, renegociación de la deuda externa, obtención de ayuda de “gobiernos amigos” y ajustes estructurales en la balanza de pagos. En este sentido la reducción de los gastos del gobierno como por ciento del PIS tenía un papel importante, sobre todo en la cuenta corriente, toda vez que la cuenta de capital debería incrementarse.

El Estado tendría una función muy limitada en la dirección económica del país, con el consiguiente peso decisivo del sector privado: para este último estarían diseñados los principales planes de financiamiento y desarrollo.

El gobierno establecería planes sectoriales de desarrollo que en la agricultura tendrían básicamente un carácter fomentalista. En la industria manufacturera se trataría de incentivar las producciones de exportación, las inversiones conjuntas —capital extranjero y local— y alcanzar un pleno funcionamiento de las capacidades productivas de las empresas, las que hacia 1983 deberían estar produciendo al 80% de su potencial. El programa señalaba veinte tipos de Industrias priorizadas, la mitad de las cuales trabajaban fundamentalmente con materia prima local.

En el aspecto financiero el programa anunciaba su creencia en “un sector financiero dinámico y competitivo vital para el desarrollo de Jamaica”, y al respecto se proponía encauzar los recursos disponibles hacia el financiamiento económico y estimular el ahorro. Este último aspecto fue considerado vital para los planes perspectivas.

Los puntos del plan económico del JLP pudieran compararse con los postulados programáticos de los 50 y los 60, tales como liberalismo económico, las puertas abiertas a las inversiones extranjeras, la búsqueda de fuentes de empleos, etc. Sin embargo, analizado a la luz de las condiciones de los 80, el programa laborista cubría una nueva dimensión, más allá de un simple ajuste del modelo económico

tradicional, apuntando hacia una reestructuración sustancial del sistema capitalista dependiente. Baste señalar el énfasis que se hacía en una industrialización encaminada hacia la exportación, el aumento del ahorro en detrimento del consumo, los recortes presupuestarios principalmente en los gastos sociales, la minimización del sector estatal de la economía, etc., para emprender la magnitud del “cambio sin caos”, toda vez que contenía necesariamente la reversión de los principales avances que en materia social y de política económica habían tenido lugar durante el gobierno nacional-reformista.

Este fenómeno resulta más evidente cuando se analizan otros acápites del programa. Así, en la cuestión obrera se retorna al argumento clásico de que la situación depauperada de las masas trabajadoras solo “podía mejorar atajando la inflación y con la recuperación económica”, lo cual a su vez era incompatible con un estado de “indisciplina” laboral. El programa se pronuncia por una mayor autoridad gubernamental sobre las disputas industriales y la ilegalización de aquellas huelgas consideradas “irracionales”. De igual forma se planteó la necesidad de reestructurar los medios masivos de comunicación, debido al “control político sobre sus operaciones” de los agentes gubernamentales y la izquierda, particularmente la Jamaica Broadcasting Corporation (JBC) y la Jamaica Daily News (JDN).

Gran importancia reviste el acápite que se refiere a los cuerpos militares y paramilitares. El programa considera una garantía imprescindible para la “estabilidad y seguridad” nacionales y se pronuncia por el fortalecimiento y modernización técnica. De igual manera entiende imprescindible la reestructuración de las fuerzas de seguridad sobre la base de una supuesta penetración política del PNP.

Por lo demás, en otros acápites el programa reafirma su vocación anticomunista y pro imperialista, principalmente en lo relativo a política exterior.⁴⁰

Casi huelga comentar la complementación estricta del plan de “recuperación económica” con el reordenamiento político que supone el establecimiento de un proceso marcado por el control represivo sobre la población.

Pudiera parecer a simple vista que las elecciones de 1980 repitieron los rasgos del debate político propios de su antecesora de 1976: violencia, polarización política, fuerte soporte ideológico del descenso electoral, etc. Pero en realidad la repetición e intensificación de estos rasgos en el contexto de 1980 dieron al nuevo proceso electoral matices singulares en toda la historia jamaicana. .

Un hecho relevante y destacado con frecuencia fue la pasividad del gobierno y el PNP frente a las arremetidas de la oposición reaccionaria, lo cual contrasta con las posturas asumidas en 1976 cuando el PNP decretó el estado de emergencia y procedió a una intensa movilización popular.⁴¹ Para explicar esta situación hay que

⁴⁰ Cfr. JLP: “Change Without Chaos: a National Program for Reconstruction”, Kingston, 1980.

⁴¹ Perry Mars ha destacado este hecho señalando que frente a las campañas desestabilizadoras el PNP se limitó a la denuncia Internacional. Consúltase “The Tactic of International Political Desestabilization”, ponencia presentada en la conferencia sobre Cambios Geopolíticos en el Caribe en los 80, CEE8TEM, México, 1982. Por su parte el propio Manley ha reconocido que el gobierno perdió el control de la situación nacional.

remitirse en primera instancia a la división y el desgaste en que se hallaba el PNP y al efecto desmoralizante que este hecho originaba en sus bases. Pero ello no agotaría la explicación. Toda debilidad es relativa y en el caso que analizamos el obligado punto de referencia es el estado de la oposición que encabezaba el JLP. A raíz de las elecciones el Partido Laborista había logrado establecer una sólida alianza clasista con amplias fracciones burguesas, principalmente las fracciones hegemónicas del: " gran capital, y pudo captar el voto de las capas medias y de las masas populares descontentas de la crítica situación económica y la ola de violencia.

Además, la oposición había logrado controlar los principales mecanismos del sistema de dominación —Iglesia, medios masivos de comunicación— e incluso áreas claves del Estado, principalmente las siempre decisivas fuerzas armadas. Sobre esta base, en 1980 el gobierno del PNP se encontró acorralado por su propia naturaleza. Imposibilitado de afrontar la campaña desestabilizadora con los mecanismos que el propio sistema brindaba —por ejemplo, el estado de emergencia apoyado en el control de la situación por las fuerzas armadas—, cualquier otra línea de acción hubiera marchado justamente en contra de ese sistema del que el PNP formaba parte. Esto explica por qué cuando se produjo la intentona golpista de junio y las masas populares reclamaran días después en una concentración el castigo de los culpables y sus cómplices, el liderato popular se limitara a pedir moderación. O, de igual manera, que tras el asesinato del líder del PNP y candidato electoral Roy Me Gann, con la abierta complicidad de la policía, el gobierno no se decidiera a desatar una ofensiva contra la reacción. Si algo era evidente en la escena política preelectoral era la existencia de una situación golpista en favor del JLP, y que un nuevo triunfo del PNP no iba a ser tolerado.⁴²

De todas maneras, mucho antes de los escrutinios de octubre ya Seaga era considerado el más fiable representante de Jamaica en diversos círculos económicos e instancias de poder de los Estados Unidos, incluyendo aquí a la CIA, y como tal recibió un cuantioso apoyo económico y político. Realmente el resultado de las elecciones no sorprendió a nadie. De 990 417 posibles votantes, votaron 852841; es decir, el 86%. El JLP, acaparó el 58,7% de los votos y el PNP el 41,1 %. El WPJ, al que las encuestas otorgaban entre un 2 y un 3%, no presentó candidatos, sino que apoyó al PNP con el objetivo de cerrar el paso a la reacción. No votaron cerca de 140 000 personas. El PNP perdió alrededor de 67000 votos respecto a 1976, mientras el JLP ganó 183000. El partido vencedor acaparó 62 bancos en el Parlamento. El PNP sólo obtuvo ocho.

⁴² No se trata de cálculos ni de vaticinios. El propio Seaga declaró -y fue respaldado por altos mandos castrenses- que un triunfo del socialismo democrático sería considerado ilegal. la Iglesia evangélica puso su parte declarando que todo voto por Seaga sería un voto guiado por la mano de Dios (Caribbean Contact, enero de 1981). Manley ha reconocido esta situación señalando que la mayoría de los organismos armados "estaban abiertamente alineados con el JLP y frecuentemente intimidaban a nuestros partidarios", y ha denunciado la realización de una purga interna de elementos progresistas. Véase sobre el particular: Jamaica: Struggle...

No puede negarse el crucial significado de esta elección para el desarrollo futuro de Jamaica. Como se verá más adelante, ello se ha traducido en el ascenso al control del Estado de los sectores más reaccionarios que propugnan un reordenamiento del propio sistema capitalista dependiente en la isla en favor del gran capital, lo que en el plano social y político se convertiría en el paso a formas más autoritaristas de dominación diseñadas por un equipo tecnocrático-militar. El propio desarrollo del proceso electoral de 1980 señaló peculiaridades más allá de las formas: se trató de un proceso en el que lo que se consideraba fundamental no era tanto el resultado de las elecciones como el cambio del gobierno, la regresión obligada de la política progresista del PNP. Si la vía fue electoral y se pudieron conservar así las formalidades del sistema fue debido a que las circunstancias en que se desarrolló el proceso aseguraban los propósitos sin necesidad de alterar el cuadro tradicional. Pero de todas maneras resultó evidente que el proceso electoral estuvo por métodos que no pasaban por las urnas y que la gran burguesía jamaicana reservó siempre al golpe de fuerza como una posibilidad real.⁴³ De aquí la justeza del término “derrocamiento electoral”, utilizado por algunos analistas al referirse al resultado adverso del PNP en las elecciones de 1980.

Dentro de este contexto las acusaciones del PNP y el WPJ en torno a la realización de fraudes en los escrutinios tienen absoluta credibilidad. Si bien no determinaron la derrota del PNP, estos fraudes —que abarcaron desde métodos rudimentarios, como el robo de urnas, hasta otros más sofisticados— sí profundizaron la brecha entre uno y otro partido y privaron al PNP de algunas bancas parlamentarias.

La victoria del JLP es enunciada como un triunfo de la vía capitalista, el alineamiento pro imperialista y el anticomunismo militante sobre el socialismo democrático, el no alineamiento y las proyecciones internacionales tercermundistas. Como tal, según sus apologistas, se enmarca en la creciente “derechificación” de la política caribeña en los 80, dentro de lo cual Jamaica deberá seguir desempeñando un papel influyente. Otro juicio menos pretencioso calibra este acontecimiento como normal dentro del mecanismo propio del proceso político jamaicano, en virtud de la supuesta fatalidad de que ningún partido ha sido ni será nunca capaz de gobernar más de dos períodos electorales seguidos.

De todas formas, sí hay algo evidente: resulta a todas luces errónea la conclusión que la derecha ha extraído de estas elecciones en el sentido de que significaron la derrota definitiva del “socialismo” y el no alineamiento militante y la opción del pueblo jamaicano por una vía capitalista, pronorteamericana y anticomunista.

A diferencia de 1976, cuando el pueblo jamaicano votó concientemente por el programa de cambios del PNP, en 1980 el voto jamaicano fue un voto violentado y no en favor de una opción, sino contra la catástrofe económica los males sociales agravados y las vacilaciones políticas del gobierno. Dicho con palabras de Michael Manley, “el primer trauma a considerar se refiere al movimiento de los porcentajes.

⁴³ “Postelection Supplementary”. En Sunday Gleaner, 7 de diciembre de 1980.

El 57% de la gente votó por alto en 1976, y el 58% de ellos votó contra alto en 1980”.⁴⁴

LA SITUACIÓN DE JAMAICA EN 1981

No resulta fácil establecer firmes conclusiones acerca del proceso jamaicano. En primer lugar, Se trata de un objeto de estudio sumamente complejo en el que sólo pueden observarse tendencias poco definidas. Por otra parte, la derrota de 1980 dejó al movimiento popular en un alto grado de desmoralización, al punto en que apenas hoy, dos años después de aquel acontecimiento, comienza a elaborar sus alternativas. Las causas antes anotadas también limitan las fuentes informativas constreñidas a informes de la prensa, generalmente contaminados de subjetivismo y de parcialización política. No obstante, parece posible plantear algunas consideraciones hipotéticas y descripciones de los hechos sobrevenidos durante el primer año de gobierno de Edward Seaga.

Como quedó dicho, desde fines de los años 60 el Estado jamaicano venía mostrando síntomas de incapacidad para representar globalmente los intereses de toda la burguesía, acicateado por el paulatino agotamiento del patrón de acumulación y por el endurecimiento de las condiciones económicas externas. La “disidencia” nacional-reformista de Manley encaraba la situación modificando los aspectos más deteriorados del modelo tradicional y haciendo énfasis en el papel de los medios, y pequeños empresarios. aun cuando tratara de sostener vínculos estables con el gran capital. Al convertirse en una opción orgánica del gran capital transnacionalizado, trataba de encaminar su política económica hacia la conformación de un nuevo patrón de acumulación que tiene en sus bases la desnacionalización acelerada de la economía, el aumento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo y una mayor concentración de la producción y los capitales.

Entre los primeros pasos dados en este sentido se ubicaba la labor desplegada entre los círculos financieros norteamericanos, muy activa a partir de la comparecencia del señor Seaga en la IV Conferencia sobre Comercio, Inversiones y Desarrollo en el Caribe, en noviembre de 1980, donde prometió un máximo de liberalidad en el tratamiento de los inversionistas, sobre todo de aquellos que se propusiera fomentar exportaciones de productos agroindustriales, de confecciones, electrónicos, así como en la minería y el turismo.⁴⁵ Los resultados de esta política han recibido una amplia cobertura en la prensa nacional y han sido elogiados por los directivos gubernamentales como la muestra más palpable de la recuperación económica prometida por el Change Without Chaos. En una comparecencia pública del 10 de febrero de 1981, Seaga anunció que existían 114 propuestas de inversiones, 47 de las cuales eran locales con un valor de 310,7 millones de dólares; 101 millones eran en divisas. De estas propuestas, 22 radicarían en la agricultura, 76 en manufactura y 9 en turismo. Sin más detalles adicionales, Seaga calificaba estos resultados de alentadores y prometía la solución de múltiples problemas incluyendo el

⁴⁴ Michael Manley: Jamaica: Struggie..., p. 72.

⁴⁵ Daily Gleaner. 1 de diciembre de 1980.

desempleo.⁴⁶ Unos meses más tarde el gobierno rindió un informe en el que se anunciaban 408 propuestas inversionistas, 244 extranjeras y 164 nativas. Aquí el promedio de dólares por inversión oscilaba alrededor de los 2,6 millones y en total generarían unos 25 mil empleos, 61 por inversión. De acuerdo con estos datos cada puesto de trabajo generado absorbería 44 000 dólares, lo que denota una alta densidad de capitales y refuta el supuesto principio de priorizar inversiones capaces de crear gran cantidad de puestos de trabajo.⁴⁷

El reporte final del año ubicaba que se habían recibido 562 propuestas, con un valor total de 1 510,2 millones de dólares. De esas propuestas, 471 estaban siendo procesadas.⁴⁸

Dentro de esta política inversionista tendría un peso significativo la promoción y desarrollo de la zona franca de Kingston, cuyo progreso se vincularía a la asociación con el capital norteamericano, la posición estratégica de Jamaica y el clima político favorable.

En febrero de 1981 operaban allí 17 firmas, 11 de las cuales eran extranjeras y dedicadas a la industria ligera procesadora de materias primas y productos intermedios importados.⁴⁹

Un paso principal para la promoción de inversiones en 1981 ha sido la conformación de los mecanismos jurídicos y económicos adecuados. Con la activa participación del canciller Hugh Shearer se formó el Comité Conjunto de Negocios Estados Unidos-Jamaica, presidido por el empresario jamaicano Carlton Alexander, del Grace Kennedy Group, y por David Rockefeller. A la par se ventilan proyectos similares para Europa Occidental y Japón. Al mismo tiempo se creó la Jamaica National Investment Promotion Limited, vinculada al Jamaican Development Bank y encargada de agilizar los trámites para las inversiones, priorizando aquellas que generan empleos y exportaciones, que utilicen materias primas locales, se asocien a capital nativo y no requieran protección. De los 56 proyectos que fueron examinados a fines de agosto, 31 eran manufactureros, 20 agrícolas y 2 turísticos.⁵⁰

A pesar de estos pronósticos halagüeños, la anunciada ola inversionista no parece tener la magnitud prevista. Según Ronald Sasso, director del Royal Bank of Jamaica —filial del Royal Bank of Canada—, “un problema es que los potenciales inversionistas foráneos no quieren traer sus dólares.

Prefieren tomar prestado el capital que ellos necesitan de los bancos de Jamaica y no correr ningún riesgo”.⁵¹

Entre enero y diciembre de 1981 entraron en producción o comenzaron las construcciones de 22 y 25 proyectos inversionistas, respectivamente, principalmente localizados en la agricultura y la industria manufacturera. En este último sector se

⁴⁶ Daily Gleaner. 11 de febrero de 1981.

⁴⁷ Daily News. 2 de septiembre de 1981.

⁴⁸ Social and Economic Survey, Jamaica. 1981.

⁴⁹ Sunday Sun. 8 de febrero de 1981.

⁵⁰ Daily News. 2 de septiembre de 1981.

⁵¹ Daily Gleaner. 10 de octubre de 1981.

encontraban en operación 11 proyectos; básicamente confección de ropas, muebles y productos plásticos, con una inversión total de 19,4 millones de dólares y sólo generaban 400 empleos. Estaban en fase de construcción o de inmediata instalación otros 15 proyectos —dedicados a los mismos renglones de producción— con un valor total de 31,6 millones de dólares y 1 130 puestos de trabajo.⁵² Pueden observarse en estos proyectos las mismas características en cuanto a densidad de capitales que las anotadas anteriormente para las propuestas existentes. De igual forma es de notar el peso de las industrias de “ensamblaje” y de gran consumo de materias primas extranjeras.

El otro pivote de la “recuperación económica” era la obtención de amplios préstamos que permitieran el financiamiento de la producción y los servicios a expensas del crecimiento de la deuda externa. Dada la alineación militante del gobierno de Seaga con las políticas económica y de dominación imperialista en el área, no fue difícil para el gobierno obtener un abundante financiamiento en el primer año de gestión. El acuerdo firmado con el FMI en abril de 1981 —en condiciones mucho más benévolas que las impuestas a Manley—, constituyó un hito fundamental en la evolución económica del gobierno, al concertar créditos por 698 millones de dólares, de los cuales 308 millones serían recibidos en el primer año.⁵³ A este préstamo deben agregarse otros, tanto de bancos comerciales como gubernamentales de manera que en diciembre de 1981 se reconocía una deuda externa neta de 1 959 millones de dólares jamaicanos, lo que sumado a la deuda interna elevaría la deuda neta nacional a 5065 millones de dólares jamaicanos.

La deuda externa se había aumentado en un 26,1 % Y representaba el 36,8% del PIB Nacional.⁵⁴

Resulta indudable que la política económica del actual gobierno sugiere una readecuación de los patrones de acumulación desarrollistas en favor de modalidades neoliberales, lo que se evidencia en la utilización de mecanismos tales como la minimización del sector público, la desregularización económica, la congelación de salarios, el ascenso de las tasas de interés, el endeudamiento exterior acelerado, etc. Una esfera de atención futura deberá ser la evolución de este proceso, que incluye el desmantelamiento de mecanismos y estructuras tradicionales y que contará con la oposición de vastos e influyentes sectores burgueses medios y pequeños, para quienes la “magia del mercado” sólo podrá significar la bancarrota económica.

Por otra parte, las posibilidades de recuperación económica de Jamaica parecen muy inciertas en medio de las críticas condiciones que prevalecen a nivel mundial, sobre todo si tenemos en cuenta la precariedad del financiamiento exterior. Si ha afluído recientemente —buena parte gracias a motivaciones políticas— nada indica que lo continuará haciendo indefinidamente, toda vez que la capacidad de pagos del país parece constreñirse cada vez más. Las entradas de divisas se deterioran. A pesar de la poco usual ayuda yanqui —mediante la compra de 1,6 millones de toneladas de

⁵² Social and Economic Survey, Jamaica, 1981.

⁵³ Caribbean Contact, mayo de 1981.

⁵⁴ Social and Economic Survey, Jamaica, 1981.

bauxita— se calculaban pérdidas en los ingresos gubernamentales por este concepto en 14 millones de dólares en 1981-1982 y 79,9 millones en 1982-1983, mientras que los ingresos totales de divisas deberían reducirse en 46 y 100,9 millones de dólares, respectivamente.⁵⁵

Los informes sobre la evolución económica del país en 1981 han sido contradictorios. El informe del Banco de Jamaica planteaba que “el comportamiento de la economía jamaicana durante los primeros cinco meses de este año fue decepcionante” y señalaba los notables descensos en varias producciones y servicios. El Social and Economic Survey de 1981, al que se ha achacado querer presentar una imagen “alegre”, fue más optimista e indicó mejorías en la situación de los empleos, estabilización de precios, inversiones y crecimientos en los sectores agrícolas (3,5%), minería (1,3%), manufactura (0,4%), construcciones (2,4%), lo que si bien representa un alza respecto al año anterior, no indica precisamente una recuperación verdadera de la economía nacional. Resulta interesante anotar el deterioro sufrido en los subsectores generadores de divisas —principalmente agricultura, en exportación y turismo—, lo que junto a la contracción de ventas de bauxita repercutió negativamente sobre las balanzas comercial y de pago.

El déficit comercial se agravó. Las importaciones ascendieron a 1 478 millones de dólares, el 13% bienes de consumo, el 66% materias primas y petróleo y el 20% bienes de capital. Respecto a 1980 las importaciones de bienes de consumo y de capital aumentaron un 15% cada uno y las materias primas un 12%. Las exportaciones sólo aumentaron un 1,6%, afectadas sobre todo por la declinación de las exportaciones tradicionales, mientras que las importaciones lo habían hecho en un 26,7%. El déficit comercial ascendió a 501 millones de dólares. La cuenta corriente de la balanza de pagos cerró con un déficit de 426,8 millones de dólares, lo que sólo pudo ser compensado con la entrada neta de 261,9 millones. y una reducción de las reservas de 154,9 millones.

Diversos analistas, y no sólo los de izquierda, han sometido a duras críticas los resultados económicos de 1981, particularmente los que indicarían un balance positivo. Así, Carl Stone ha señalado los desastrosos efectos de la política importadora del gobierno, que si bien ha reducido los precios de algunos productos alimenticios y de consumo directo —premisa esencial para el congelamiento salarial— por otra parte ha conducido a vastos sectores del pequeño empresariado a la ruina económica, como es el caso de las importaciones de pieles y tecnología moderna para la industria del calzado.⁵⁶ Mark Figueroa, por su parte, ha señalado que el descenso de los precios ha tenido lugar principalmente para aquellos productos que por lo regular consumen los sectores medios y de altos ingresos, no para los

⁵⁵ Caribbean Insight, January, 1982, vol. 2, no. 1.

⁵⁶ Cfr. la serie de artículos publicados por Stone en el Daily Gleaner el 26 y 31 de agosto y el 2 de septiembre de 1981, así como el comentario “Food Import Policy”, aparecido el 6 de mayo de 1981.

productos que constituyen la canasta familiar de los vastos sectores desposeídos, muchos de cuyos componentes han aumentado sus precios.⁵⁷

Pudieran hacerse variadas suposiciones en torno a la actual política y al proceso económico jamaicano. Hechos tales como el énfasis en la industria de exportación dirigida hacia mercados más amplios que el CARICOM; en la eficiencia productiva y las ventajas comparativas; el rechazo a cualquier proteccionismo gubernamental etc., deberán redundar en los lineamientos distributivos de ingresos, en el status de los pequeños y medios empresarios que surgieron bajo el proceso de restitución de importaciones y en la política regional del país. Por otra parte, se debe recalcar que aunque las afluencias monetarias pudieran dar un respiro a la agotada economía insular, las condiciones antes descritas tienden a reproducir mucho de los males estructurales que determinaron la bancarrota económica y la vulnerabilidad del país ante los efectos de la crisis económica mundial.

Otros aspectos importantes a tomar en cuenta serían la reestructuración social y la readecuación de los mecanismos de dominación, que deberá inducir los cambios en el patrón de acumulación.

El programa electoral laborista refleja como nunca antes los intereses del gran capital transnacionalizado, echando a un lado los rodeos demagógicos que han impregnado el proceso político insular. Seaga y su equipo más directo han ascendido al poder estrechamente vinculados a los círculos empresariales más poderosos, algunos de cuyos voceros directos han pasado a ocupar cargos públicos vitales.

Por otra parte, el nuevo gobierno ha considerado su victoria electoral como un mandato antisocialista y para instaurar el “orden” en un país carcomido por la “indisciplina”. Esto se articula directamente con el carácter de las políticas económicas antes descritas y se viene expresando a través de un fortalecimiento del autoritarismo y el estrechamiento de los espacios democráticos existentes. De ahí que hasta un reconocido vocero de la derecha como John Hearne haya expresado públicamente su alarma ante “el Primer Ministro más peligrosamente poderoso que este país haya conocido”.

Centrada su principal alternativa en una redefinición de la renta nacional en favor de la plusvalía, un aspecto esencial de la política gubernamental ha sido la limitación del radio de acción sindical, lo que se ha cumplido con furibundos ataques contra los sindicatos y su liderato. Se destacan al respecto los artículos publicados por Wilmont Perkins. Aquí se cataloga al movimiento huelguístico como una amenaza contra la prosperidad nacional y contra los desempleados y los obreros no sindicalizados, en un claro intento divisionista. En varios de estos artículos, Perkins llama al gobierno a inscribir la gestión sindical dentro de la “disciplina industrial”.⁵⁸ Una actitud idéntica han adoptado los grupos empresariales más poderosos, a través de declaraciones formuladas por Lee Ashenheim, Avis Henríquez y Carlton Alexander. En general se han pronunciado por un papel pro patronal mes activo de la industria Disputes Tribune, por el examen del papel sindical y su liderato y otras medidas igualmente

⁵⁷ Mark Figueroa: “Workers Struggling for Benefits”. En Daily News, 11 de junio de 1981,

⁵⁸ Consúltense en particular los artículos publicados el 8 de febrero y el 15 de marzo en el Sunday Gleaner.

reaccionarias. Un ejemplo de la decrepitud ideológica de estos sectores se expresa en la declaración de Avis Henríquez en torno a la necesidad de un control más efectivo de la natalidad como vía para detener “el crecimiento del cáncer de la indisciplina”⁵⁹. Más allá de las simples declaraciones, se ha desatado una violenta ofensiva gubernamental-patronal que incluye despidos de obreros que quieren sindicalizarse; de representantes sindicales; agresiones e intimidaciones a piquetes; ataques físicos a huelguistas, etc. Más sofisticado, el First National City Bank propuso a sus empleados un aumento salarial a cambio de la desarticulación del gremio que se había constituido.⁶⁰ Los llamados a reexaminar el papel del sindicalismo en la sociedad y el mayor peso de la IDT en las decisiones laborales constituyen parte de un proceso que tiende a la adecuación del Estado y el sistema de dominación en su conjunto a las necesidades del nuevo esquema de acumulación en función del gran capital monopolista. Así, entre los primeros pasos del gobierno de Seaga estuvieron las desarticulaciones de aquellos mecanismos redistributivos y de promoción social creados por Manley bajo su gobierno, El 19 de marzo de 1981 fue disuelto el Programa Especial de Empleos y en agosto lo fueron los cuerpos juveniles, calificados como centros de adoctrinamiento al servicio del WPJ. Al mismo tiempo se dieron pasos decisivos para la extinción de las cooperativas azucareras. En este mismo rubro se inscriben las modificaciones introducidas en los medios masivos de comunicación. Basados en el supuesto de que su mayor parte estaba bajo control comunista, a se propuso y efectuó una remodelación de aquellos medios de prensa no alineados con la posición más reaccionaria del espectro político insular, aun cuando distaran de favorecer a las fuerzas de izquierda. Los blancos principales fueron el periódico Daily News, la Jamaica Broadcasting Corporation y la Agency for Public Information. Las directivas de estas dos últimas entidades fueron reestructuradas, separadas de ellas los representantes sindicales y sometidas a una fuerte censura. Respecto al Daily News se nombró un nuevo directorio encabezado por Lloyd James, director de Caribbean Finance Corporation y muy ligado al ministro de Estado Ad Bartlett. Todo este proceso se acompañó de violentos ataques contra periodistas como Agrew Brown (moderador del Programa Public Eye), Mark Figueroa, Horace Levy, etc. Al mismo tiempo se incrementan las presiones económicas y políticas sobre el órgano semanal del WPJ.⁶¹ Como ha señalado uno de los periodistas afectados, existía una estrecha relación entre los planes económicos del gobierno y la ofensiva reaccionaria en la prensa, toda vez que la vía de convertir a Jamaica en un cliente de los Estados Unidos “no puede tolerar unos medios de comunicación verdaderamente democráticos”.⁶²

⁵⁹ Algunos de los planteamientos pueden encontrarse en el Daily Gleaner. del 18 de marzo y el 7 de julio de 1981, y el 2 de marzo de 1982, así como en Struggles del 5 de mayo de 1982.

⁶⁰ Mark Figueroa: “Trade Unions Need Strong Leadership”, En Daily Gleaner. 3 de marzo de 1981.

⁶¹ Struggle..., 27 de marzo de 1981. También Caribbean Contact, abril de 1981.

⁶² Mark Figueroa: “Economics: The Media and Stability”. En Daily News. 10 de febrero de 1981.

Respecto a los restantes partidos políticos, la posición del gobierno ha sido desinformar: “no habrá un nuevo gobierno socialista en Jamaica”, dice. En torno a esta decisión se han planteado diversas opciones que merecen ser tomadas en cuenta. Respecto al WPJ ha existido consenso entre las fuerzas derechistas acerca de su peligrosidad y el reclamo del fin de sus actividades, a la par que paradójicamente se hacen esfuerzos por minimizar su real y potencial importancia en la vida política del país.

La represión política no se ha limitado al WPJ. Ha llegado también al PNP, sobre todo a sus sectores juveniles e izquierdistas. En páginas anteriores habíamos planteado la existencia de denuncias acerca de fraudes electorales que privaron al PNP de algunas bancas más en la legislatura. En el seno de este organismo las presiones contra los legisladores populares han sido muy fuertes y se han manifestado en censuras y suspensiones como la que sufrió Anthony Spaulding entre julio de 1981 y abril de 1982. Un blanco principal de la reacción ha sido la organización juvenil del PNP. En octubre de 1981 tanto el Presidente como el Secretario General de esa organización denunciaron los arrestos y torturas inflingidos a cinco militantes y el intento de vincular al liderato de la organización con varios hechos delictivos.⁶³

Un aspecto esencial de la gestión laborista ha sido el fortalecimiento del aparato represivo y su funcionamiento como núcleo central de su esquema de dominación, tal y como fue anunciado en el programa del 80. Se produjo una reestructuración de los mandos militares mediante la purga de los elementos progresistas y democráticos. Los nuevos cuadros son elementos ligados al partido de gobierno y especialmente al ministro de Seguridad Nacional Winston Spaulding. Bajo el lema de luchar contra la subversión y la delincuencia se crearon cuerpos paramilitares especiales encargados de la persecución selectiva de los líderes políticos progresistas y del allanamiento de organizaciones opuestas a la línea gubernamental. En un discurso ante la legislatura Winston Spaulding expuso su concepto de subversión con una amplitud tal que prácticamente ilegalizaba cualquier manifestación popular reivindicativa. Según Spaulding, la ola subversiva se dirigía a paralizar la recuperación económica y social del gobierno. Mostraba, entre otras pruebas “explosivas”, manuales de marxismo-leninismo. Abiertamente el Ministro cifraba sus esperanzas de progreso nacional en “la extirpación de las corrientes ideológicas afines al WPJ”.⁶⁴ En total coincidencia con Spaulding, la Federación de Policías de Jamaica solicitó la formación de grupos especiales antiguerrilleros y el fortalecimiento de la inteligencia militar bajo la asesoría de Inglaterra, los Estados Unidos e Israel.⁶⁵ No menos alarmantes resultaron las actuaciones de los grupos paramilitares, que bajo el pretexto de la erradicación de las bandas de delincuentes, desataron verdaderas razzias contra el movimiento

⁶³ Sun, 5 de octubre de 1981.

⁶⁴ Daily New8. 24 de septiembre de 1981.

⁶⁵ Caribbean Insight, enero de 1982.

progresista y revolucionario. Valga mencionar, aunque rebase el límite cronológico de este trabajo, que en 1983 el ejército jamaicano crecerá en más de un 200%.

La función del aparato militar jamaicano viene siguiendo una evolución desde finales de 1980 que apunta hacia una redefinición de su tradicional papel y que pone sobre el tapete la posibilidad real de convertirse, si las necesidades de reproducción del sistema así lo exigen, en el depositario directo de las funciones estatales.

Las tendencias antes descritas sugieren que la readecuación del sistema de dominación deberá constreñir más los espacios democráticos, concentrar la esfera de toma de decisiones —incluso marginando a sectores medios que usualmente han funcionado como soportes activos del sistema—; impulsar las inclinaciones corporativistas del Estado dentro del sistema de dominación y situar los mecanismos represivos en el centro del nuevo esquema de control social. Los logros o fracasos de este proyecto dependerán del éxito o fracaso de la gestión económica del gobierno, así como de la capacidad de respuesta de los sectores sociales afectados.

La política económica de Seaga viene afectando directamente a amplios sectores medios, que han sido incapaces de enfrentar las importaciones masivas, el levantamiento del proteccionismo en algunas áreas y la libre competencia con los nuevos inversionistas y la contracción del mercado interno. El presidente de la Jamaica Manufacturers Association, Anthony Williams, explicó diáfamanamente las vicisitudes de sus representantes: “el proceso de recuperación económica está siendo interpretado por algunas personas como una oportunidad para importar una amplia gama de productos terminados en detrimento de las manufacturas locales que tienen que reducir sus operaciones y, por ello crece el número de desempleados”.⁶⁶ Con lujos de detalles se refirió al número de industrias que quiebran, a las casas de la industria de ropa y de cosméticos que estaban funcionando al 50 y al 40% de sus capacidades, respectivamente. Otro directivo de la asociación se refería a la reducción del mercado interno como causa inmediata de este desastre.⁶⁷ En el marco de esta polémica Carl Stone ha considerado que sólo la protección a la pequeña empresa puede salvar a Jamaica del comunismo y ha abogado por el desarrollo de la pequeña industria, a la cual concede ventajas como la cantidad de empleos que genera, el menor monto de importaciones que requiere, el mayor número de conflictos laborales y de consumo de energía.⁶⁸

Esta situación ha provocado un fenómeno que deberá mantenerse en los próximos años: el desarrollo de contradicciones entre diferentes fracciones burguesas; por ejemplo, la discusión suscitada entre los productores de artículos eléctricos y los importadores de la Electrical Distributors Association, en la que el gobierno adoptó una posición favorable a los importadores, afín a su política de libre mercado.⁶⁹ Al

⁶⁶ Carl Stone: “Expanding Small Bussines”. En *Daily Gleaner*. 20 de marzo de 1982.

⁶⁷ Léase la serie de artículos aparecidos en el *Daily Gleaner* entre el 27 de julio y el primero de agosto de 1981.

⁶⁸ Henry Baldford: “Labour Disputes 1980-1981. En *Daily Gleaner*. 23 de marzo de 1982. 11

⁶⁹ *Daily News*, 8 de mayo de 1981.

mismo tiempo se acentúa el movimiento huelguístico. Si en 1980 se habían producido 557 disputas laborales, en 1981 el número ascendió a 625,149 encabezados por la BITU, 185 por la NWU y 22 en forma conjunta. Al cerrar el año 105 de estas disputas habían sido enviadas al IDT y 178 se encontraban sin solución.⁷⁰ Algunas de estas huelgas afectaron áreas económicas vitales o servicios estatales importantes.

El sindicalismo, incluyendo aquí el BITU, se ha mostrado muy crítico con respecto a la política económica del gobierno. A mediados del año, dos centrales sindicales, la TUC y la NWU, emitieron sendos documentos en los que se consideraba inviable la política del gobierno y se catalogaba como “grave abdicación de la responsabilidad gubernamental” la minimización de la presencia estatal en la economía.⁷¹

El descontento ha sido especialmente agudo entre la población joven. En una encuesta de opinión efectuada por Carl Stone se demostró que, al margen de filiación partidaria, la población joven ostentaba altos índices de radicalismo político. El 28% opinó que Jamaica no era una democracia (contra un 14% a favor) y un 40% estimaba que el comunismo era una alternativa democrática popular.⁷²

La baja de la popularidad gubernamental no se ha hecho esperar. Según Stone en agosto el PU había perdido un 12% de apoyo, mientras que el WPJ y el PNP habían ganado en la estima popular. Lo que Stone ligaba a la depresión del pequeño empresariado, es considerado por Derek Gordon como una muestra de la repulsa popular a la dirección antidemocrática y reaccionaria del gobierno y a su escasa capacidad para observar una actitud diferente.⁷³

Resulta casi innecesario señalar las consecuencias trascendentales que se podrían generar a partir de la situación delineada. La agudización de las contradicciones inter burguesas —que se anunciaron en 1981 y que deberán incrementarse en los próximos años— y la incapacidad del Estado para solucionarlas dentro de su propio marco de decisiones, pudieran conducir a un agrietamiento del bloque del poder. Articulado con el alza de la lucha de clases populares, ello se traducirá en una crisis del sistema de dominación más allá de la forma que adopte. En este punto merecen analizarse las alternativas populares ante la puesta en ejercicio de una opción en función del gran capital nativo y de las corporaciones transnacionales.

Luego de la derrota electoral de 1980 el PNP cayó en una situación traumática de la que fue recuperándose lentamente durante el año 1981. El hecho se manifestó, sobre todo, en la agudización de las contradicciones internas entre el ala moderada y el ala izquierdista, y lo que resultó más sintomático, en el desafío por parte de varios miembros de la dirección nacional al liderazgo de Manley. En la Asamblea del Consejo Ejecutivo el ex Primer Ministro propuso su renuncia, que fue rechazada por 83 de 112 miembros, 125 abstenciones y cinco votos a favor, principalmente de

⁷⁰ Carl Stone “Opinions of the Youth”. En Daily Gleaner, 7 de septiembre de 1981.

⁷¹ Gordon Derek: “Politico Decline of the JLP”. En Sunday Sun, 13 de septiembre de 1981.

⁷² Diario de Caracas, 24 de diciembre de 1981.

⁷³ Daily Gleaner, 13 de octubre de 1981; Daily News. 12 de octubre de 1981.

jóvenes de la izquierda. Ante la negativa de Manley de continuar su mandato con un respaldo tan exiguo, se realizó una nueva votación en la que sólo hubo tres abstenciones, lo que fue interpretado como una reafirmación del liderazgo de Manley dentro del partido. Diversos analistas coinciden en señalar dos características de la gestión del PNP durante 1981. La primera, de orden interno, se refiere a los avances de la derecha, que liderea Patterson y que cuenta con el apoyo de importantes sectores económicos y sociales fuera del partido. Los mismos están interesados en una moderación programática del PNP. Las declaraciones de varios líderes de esta entidad afirmando las diferencias de principios entre el comunismo y el socialismo democrático; la revalidación de la economía mixta como una estrategia esencial y no una táctica; los pronunciamientos contra cualquier acercamiento al WPJ y otras incidencias como las críticas oficiales al discurso de Thompson en Moscú, donde elogió el papel protagónico de la URSS en los avances del socialismo, deben ser tomados en cuenta como sustanciales concesiones al sector moderado dentro del partido. El propio Manley ha dejado entrever la necesidad de una readecuación de la estrategia del partido y ha expresado públicamente que “cuando nos toque nuevamente administrar el país, como será inevitablemente el caso, sí estaremos preparados para enfrentarnos con los problemas económicos. Fuera de esto, creo que pudimos haber manejado los cambios sociales del país más hábilmente de lo que lo hicimos”.⁷⁴

No obstante, no debe interpretarse que el PNP se transforme en la “alternativa democrática viable” que propugnan los comentaristas ligados al partido del gobierno. Pese a los avances de la derecha, el ala democrática revolucionaria conserva su fuerza y capacidad de regateo, toda vez que controla los mecanismos movilizativos más eficaces, particularmente entre las masas jóvenes descontentas. En la 43 Conferencia Nacional celebrada en octubre de 1981, el PNP se pronunció contra los excesos y la brutalidad policial es, las tendencias antisindicales, la represión antiobrera —“un peligro sin precedente para Jamaica”, según Manley-, por la unidad indivisible del partido y el socialismo democrático.⁷⁵

Dos cuestiones centrales que discute el PNP en la actualidad se refieren a la elaboración de una alternativa económica antigubernamental y a los vínculos con el WPJ.

La primera de estas cuestiones fue tratada en la 43 Conferencia Nacional, donde se declaró una tarea priorizada sobre la que se trabajaría en los meses siguientes. Sin embargo, esta tarea resultará sumamente difícil dentro del marco de las dificultades internas del partido y de las posibilidades objetivas de plantearse una alternativa económica a la política del gobierno que, conservando los lineamientos del

⁷⁴ Trevor Munroe: “Algunas lecciones del presente estado del proceso revolucionario en Jamaica”. En Memorias de la Conferencia Teórica Internacional “Características generales y particulares de los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe”, La Habana, 1982.

⁷⁵ Wilmont Perkins: “A Political Dunce”. En Daily Gleaner. 6 de marzo de 1981,

socialismo democrático, resulte viable en las condiciones nacionales e internacionales vigentes.

Las críticas formuladas por la dirigencia del PNP a la política económica laborista se han limitado a sus aspectos más generales —aumento de las importaciones sobre la base del estímulo al consumismo, focalización excesiva en la obtención de financiamiento externo, desnacionalización acelerada de la economía—, sin una articulación coherente. Ante el PNP se abren dos caminos. El primero, conservando el título socialista o no, deberá impulsar un programa moderado que tome en consideración ante todo los intereses del pequeño empresariado y de los sectores burgueses medios, agobiados por los dictados neoliberales del gobierno. Pero deberá enfatizar en la promoción socioeconómica de las masas. El segundo, menos probable, podría basarse en un programa democrático-revolucionario y de marcado carácter antimperialista.

En cuanto a las relaciones PNP-WPJ, también se plantean varias tendencias.

Mientras el ala izquierda se propone un acercamiento a la organización marxista-leninista jamaicana, tanto el centro como la derecha postulan un distanciamiento que resultaría saludable para el partido, en la medida en que, según su opinión, el apoyo del WPJ en 1980 constituyó una de las causas de la derrota electoral de octubre. En realidad uno de los principales blancos de los ataques derechistas contra el PNP en 1980 fue el sostén brindado por WPJ a los candidatos del gobierno, aun cuando la colectividad dirigida por Manley nunca aceptara un entendimiento oficial. En contraposición a este criterio, el WPJ ha argumentado que allí donde el WPJ realizó campaña electoral en favor del PNP, este partido logró mejores resultados.

Las relaciones entre el WPJ y el PNP se proyectan complejamente y tendrán que vencer diversos obstáculos que han sido analizados en algunos de sus pormenores por los dirigentes de ambas colectividades. Al mismo tiempo, en cuanto factor clave de la dinámica política nacional, estas relaciones han recibido amplia atención por parte de analistas reaccionarios, interesados en el aislamiento de la izquierda dentro y fuera del PNP.

CONCLUSIONES

A pesar del incremento y de la radicalización de la lucha de clases en este último decenio, en Jamaica aún no se ha vertebrado un movimiento que cuestione abiertamente el sistema de dominación más allá de los canales establecidos por las estructuras políticas colonial y neocoloniales.

No obstante, desde el poder —y a partir de 1972— el programa de reformas sociales y económicas del PNP imprimió al proceso político nacional una serie de apreciables cambios que si bien no contradecían en esencia la dominación burguesa, permitieron instrumentar mecanismos no tradicionales de participación popular en el sistema político y social imperante. Los sectores que quedaron excluidos de los beneficios del gobierno en el poder desde 1974 fueron, como es de suponer, los grupos dominantes más oligárquicos y proimperialistas.

Conjuntamente con el reordenamiento económico en su reinserción en la división imperialista internacional del trabajo, el Estado jamaicano intentó viabilizar una política económica en defensa de su soberanía sobre sus recursos naturales estratégicos, lo que agudizó muchas de las contradicciones internas con los sectores reaccionarios y con las empresas transnacionales dominantes, principalmente en la industria de producción de alúmina, bauxita y en menor medida en el turismo y en sus actividades afines.

El carácter evidentemente nacionalista de algunas de las principales medidas económicas y la proyección política de los sectores más radicales dentro del PNP, unido a la afectación creciente que provocó la crisis económica capitalista, contribuyeron a situar el proceso jamaicano en la mira de la estrategia de dominación imperialista norteamericana para el Caribe a partir de 1974.

En este propio período se comienza a producir un gradual proceso de modernización de las fuerzas armadas que no ha sido debidamente estudiado, pero que en el caso de Jamaica —un país que depende en alto grado de la política militar norteamericana hacia el Caribe—, resulta clave para entender gran parte del acontecer político ulterior en este país.

La desestabilización de la reacción interna, coordinada en gran medida con el centro hegemónico imperialista, se agudiza y hace patente, y se suceden además otras manifestaciones con las presiones del FMI y la ofensiva anticomunista que el JLP desarrolló durante el segundo mandato del PNP, iniciado en 1976.

Condicionada inobjetablemente por los factores mencionados y por el impacto de la crisis económica, la derrota electoral del PNP en 1980 obligó a cuestionar las limitaciones del proyecto nacional-reformista de corte antimperialista que ese partido ensayó entre 1972 y 1980.

No se trata de negar esta alternativa como posible vía hacia el desarrollo y la obtención de la independencia nacional sin ubicarla en el espacio y en el tiempo, sino de valorar hasta dónde un gobierno similar al de Manley, en condiciones de extremo subdesarrollo, sujeto por tradiciones políticas a compromisos históricos con las clases dominantes y sectores medios afines, puede satisfacer las necesidades de los últimos y, a la vez, de las clases explotadas. Ello se agrava si se considera el nivel de, politización y el desarrollo aún bajo de la conciencia nacional jamaicana, que resulta todavía débil si se compara con la de otros países del escenario caribeño.

Si a lo anterior se agrega la experiencia adquirida por los Estados Unidos para afectar y desviar los procesos populares y progresistas en curso en el área durante la última década, resulta perfectamente comprensible que en la actualidad proyectos como el del PNP sólo puedan sentar las bases para definiciones u opciones de corte más radical, incluso marxistas, que cuenten con la emergencia de nuevas fuerzas políticas basadas en el potencial revolucionario de la clase obrera.

Hoy por hoy, al margen del PNP, el programa marxista-leninista del WPJ no representa por sí solo un fuerte vehículo de movilización política, especialmente si tiene en cuenta el impacto de la campaña propagandística que desarrollan el JLP y

los medios masivos de difusión, altamente controlados por las transnacionales del ramo.

El balance del año 1981 da la medida del apoyo imperialista ofrecido al JLP, cuyo máximo dirigente se convirtió en la figura central de la instauración del proyecto regional para controlar la “Cuenca”: la llamada Iniciativa para la Cuenca del Caribe. Así, Seaga se ha visto obligado a fortalecer el aparato estatal jamaicano como arma del autoritarismo y la reacción en forma desmedida y sin precedentes en la historia sociopolítica del país.

La posible quiebra del equilibrio bipartidista —clásica herencia del modelo político de dominación británica—, la llamada modernización de las fuerzas armadas, la proyección de Jamaica hacia planes militares en el área en coordinación con las fuerzas armadas radicadas en Puerto Rico, hacen prever un complejo cuadro para el diseño de alternativas populares y revolucionarias en Jamaica durante los próximos años.

Ciudad de La Habana, diciembre de 1982.